

Jean-Dominique Bauby

LA
ESCAFANDRA
Y LA
MARIPOSA

Un sobrecogedor testimonio
sobre los límites de la naturaleza humana



El 8 de diciembre de 1995, un grave accidente cardiovascular sumió a Jean-Dominique Bauby en un coma profundo, del que salió semanas después con el cuerpo completamente paralizado pero con las facultades mentales intactas. Padecía el «síndrome de cautiverio», una extraña dolencia que provoca una parálisis completa, un encierro en uno mismo, como dentro de una escafandra. Sólo podía abrir el ojo izquierdo y su única ventana al mundo era el parpadeo. Podía oír, comprender,

recordar, pero no hablar. También estaban intactas su imaginación y su memoria: la mariposa. Con su ojo componía palabras, frases y páginas enteras. Primero memorizó y luego dictó todo el libro, letra por letra. De esa manera, Bauby dejó constancia de su existencia y de sus reflexiones en esta breve pero inmensa obra sobre los límites de la dimensión humana, y a través de la escritura prolongó su vida fuera de él, fuera de su cuerpo.

La escafandra y la mariposa se publicó en 1997 y se convirtió inmediatamente en un gran éxito de

crítica y de público. Bauby vivió lo suficiente para saberlo, pero murió pocos días después de la publicación en el Hospital Marítimo de Berck, próximo a París. Tenía 44 años.

A diferencia de otros testimonios sobre el triunfo ante la adversidad, éste constituye un verdadero acto literario por derecho propio, una gran obra.



Jean-Dominique Bauby

La escafandra y la mariposa

**Un sobrecogedor testimonio
sobre los límites de la naturaleza**

humana

ePub r1.0

nalass 05.09.13

más libros en epubgratis.net

Título original: *Le scaphandre et le papillon*

Jean-Dominique Bauby, 1997

Traducción: Rosa Alapont

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0

*Para Théophile y Céleste,
deseándoles muchas mariposas*

*Toda mi gratitud para Claude
Mendibil,
cuyo papel esencial en la
escritura
de estas páginas resultará
evidente
al leerlas.*

Prólogo

Tras la cortina de tela apolillada, una claridad lechosa anuncia la proximidad del amanecer. Me duelen los talones, mi cabeza parece un yunque, y una especie de escafandra ciñe mi cuerpo. Mi habitación surge con suavidad de la penumbra. Contemplo en todos sus detalles las fotos de los seres queridos, los dibujos infantiles, los carteles, el pequeño ciclista de hojalata enviado la víspera por un amigo desde Paris-Roubaix y el pescante que domina la cama en que me hallo incrustado desde hace seis meses, como un cangrejo

ermitaño en su roca.

No es preciso reflexionar demasiado para saber dónde me encuentro y recordarme que mi vida dio un vuelco el viernes 8 de diciembre del pasado año.

Hasta entonces jamás había oído hablar del tronco cerebral. Aquel día descubrí de golpe y porrazo esa pieza maestra de nuestro ordenador de a bordo, cuando un accidente cardiovascular puso dicho tronco fuera de la circulación. Antaño eso se denominaba «congestión cerebral», y uno se moría con absoluta naturalidad. El progreso de las técnicas de reanimación ha sofisticado el castigo.

Sobrevives, pero inmerso en lo que la medicina anglosajona ha bautizado con toda justicia como *locked-in syndrom*: paralizado de la cabeza a los pies, el paciente permanece encerrado en el interior de sí mismo, con la mente intacta y el parpadeo del ojo izquierdo como único medio de comunicación.

Por supuesto, el principal interesado es el último en enterarse de tales bicocas. En lo que a mí respecta, tuve derecho a veinte días de coma y varias semanas de niebla antes de darme cuenta verdaderamente de la extensión de los daños. No emergí por completo a la superficie hasta finales de enero, en esta

habitación, la 119, del Hospital Marítimo de Berck, donde en estos momentos se cuelan las primeras luces del alba.

Es una mañana corriente. A las siete, el carillón de la capilla empieza de nuevo a marcar el transcurso del tiempo, cuarto a cuarto. Tras la tregua de la noche, mis cargados bronquios se ponen a resonar ruidosamente otra vez. Mis manos, crispadas sobre la sábana amarilla, me hacen sufrir, sin que logre determinar si me arden o están heladas. A fin de luchar contra la anquilosis, esbozo un movimiento reflejo de desperezo que obliga a brazos y piernas

a moverse escasos milímetros. Eso suele ser suficiente para aliviar un miembro dolorido.

La escafandra se vuelve menos opresiva, y la mente puede vagar como una mariposa. Hay tanto que hacer... Se puede emprender el vuelo por el espacio o el tiempo, partir hacia Tierra del Fuego o la corte del rey Midas.

O bien hacer una visita a la mujer amada, deslizarse a su lado y acariciarle el rostro, todavía dormido. O construir castillos en el aire, conquistar el vellocino de oro, descubrir la Atlántida, realizar los sueños de la infancia o las fantasías de la edad adulta.

Tregua de dispersión. Ante todo, es preciso que redacte el comienzo de este diario de viaje inmóvil, para estar preparado cuando la persona enviada por mi editor venga a tomarlo al dictado, letra por letra. Doy veinte vueltas en la cabeza a cada frase, suprimo una palabra, añado un adjetivo y me aprendo el texto de memoria, un párrafo tras otro.

Las siete y media. La enfermera de servicio interrumpe el curso de mis pensamientos. Siguiendo un ritual perfectamente establecido, descorre la cortina, comprueba traqueotomía y gotero, y conecta la tele en busca de las

noticias. Por el momento, los dibujos animados cuentan la historia del sapo más rápido del Oeste. ¿Y si formulase el deseo de convertirme en sapo?

La silla

Nunca había visto tantas batas blancas en mi pequeña habitación. Las enfermeras, las auxiliares, la fisioterapeuta, la psicóloga, la ergoterapeuta, la neuróloga, los internos y hasta el jefe supremo de servicio, todo el hospital se había desplazado para la ocasión. Cuando entraron empujando el artefacto hasta mi cama, lo primero que pensé fue que un nuevo inquilino venía a tomar posesión del lugar. Instalado en Berck desde hacía varias semanas, cada día rozaba un poco más el umbral de la conciencia, pero no imaginaba qué nexos

podía haber entre una silla de ruedas y yo.

Nadie me había bosquejado un cuadro exacto de mi situación, y a partir de chismorreos recogidos aquí y allá, me forjé la certeza de que no tardaría en recuperar el gesto y la palabra.

Mi mente errabunda concebía incluso mil proyectos: una novela, viajes, una obra de teatro y la comercialización de un cóctel de frutas de mi invención. No me pidáis la receta, la he olvidado. Se apresuraron a vestirme. «Es bueno para la moral», dijo sentenciosamente la neuróloga. Y en efecto, después de la bata de nailon

amarillo, me habría encantado embutirme en una camisa a cuadros, unos viejos pantalones y una sudadera informe, si no hubiera supuesto una pesadilla ponérmelos. O más bien verlos deslizarse, tras no pocas contorsiones, por ese cuerpo flácido y desarticulado que ya sólo me pertenecía para hacerme sufrir.

Cuando por fin estuve listo, pudo comenzar el ritual. Dos tíos me cogieron por los hombros y los pies, me alzaron de la cama y me depositaron en la silla sin grandes miramientos. De simple enfermo había pasado a ser un discapacitado, al igual que en los toros

el novillero se convierte en torero cuando le dan la alternativa. No me aplaudieron pero casi. Mis padrinos me hicieron dar la vuelta a la planta a fin de comprobar que la postura sedente no provocaba espasmos incontrolables, pero me mantuve inmóvil, ocupado en calibrar la brutal devaluación de mis perspectivas de futuro. Sólo tuvieron que afianzarme la cabeza con un cojín especial, pues cabeceaba a la manera de esas mujeres africanas a las que se retira la pirámide de aros que desde hace años les estira el cuello. «Se adapta usted bien a la silla», comentó la ergoterapeuta con una sonrisa que

pretendía dar un carácter de buena noticia a sus palabras, si bien a mis oídos sonaron como un veredicto. De golpe entreveía la espantosa realidad. Tan cegadora como un hongo atómico. Más acerada que la cuchilla de una guillotina. Se fueron todos, tres auxiliares volvieron a acostarme, y no pude evitar pensar en esos gánsteres del cine negro que se esfuerzan en meter en el maletero de su coche el cadáver del entrometido cuyo pellejo acaban de acribillar. La silla quedó en un rincón, con aire de abandono, y mis ropas arrojadas sobre el respaldo de plástico azul oscuro. Antes de que desapareciese

la última bata blanca, le indiqué con un gesto que pusiera la tele, bajita. Daban «Cifras y letras», el programa favorito de mi padre. Desde la mañana, una lluvia pertinaz resbalaba por los cristales de la ventana.

La oración

Después de todo, el episodio de la silla ha resultado saludable. Ahora las cosas están más claras. He dejado de concebir planes ambiciosos y he liberado de su silencio a los amigos que levantaban una afectuosa barrera a mi alrededor desde mi accidente. Puesto que el tema ya no es tabú, hemos empezado a hablar del *locked-in syndrom*. En primer lugar, se trata de una rareza. No es que suponga un gran consuelo, pero existen tantas probabilidades de caer en esa trampa infernal como de ganar el bote acumulado de la Loto. En Berck, sólo

dos presentamos los síntomas, y aun mi LIS^[1] está puesto en tela de juicio. Cometo el error de poder pivotar la cabeza, lo que en principio no se halla previsto en el cuadro clínico. Como la mayoría de los casos son abandonados a una vida vegetativa, se conoce poco la evolución de esta patología. Sólo se sabe que si al sistema nervioso le da por volver a ponerse en marcha, lo hace al ritmo de un cabello que creciera a partir de la base del cerebro. Corro, pues, el riesgo de que transcurran algunos años antes de que consiga mover los dedos del pie.

De hecho, es en lo tocante a las vías

respiratorias donde cabe buscar eventuales mejorías. A largo plazo, uno puede confiar en recuperar una alimentación más normal, sin el recurso de la sonda gástrica, una respiración natural y algo del aliento que hace vibrar las cuerdas vocales.

Por el momento, me sentiría el más dichoso de los hombres si llegase a tragar convenientemente el exceso de saliva que invade mi boca de manera permanente. Aún no se ha hecho de día, cuando ya me ejercito en deslizar la lengua contra el velo del paladar a fin de provocar el reflejo de tragar. Además, he dedicado a mi laringe las

bolsitas de incienso que cuelgan de la pared, exvotos traídos de Japón por amigas viajeras y creyentes. Es una piedra más del monumento de acción de gracias erigido por mis allegados al capricho de sus peregrinaciones. En todas las latitudes habrán invocado en mi nombre a los espíritus más diversos. Intento poner algo de orden en ese amplio movimiento de las almas. Si me anuncian que en aras de mi curación han encendido unos cirios en una capilla bretona o salmodiado un mantra en un templo nepalí, de inmediato asigno un objetivo preciso a tales manifestaciones espirituales. Así, he confiado mi ojo

derecho a un morabito camerunés comisionado por una amiga con objeto de asegurarme la mansedumbre de los dioses africanos. Para los trastornos de la audición, cuento con las buenas relaciones que una suegra de corazón piadoso mantiene con los monjes de una congregación de Burdeos. Me dedican con regularidad sus rosarios, y yo me dejo caer a veces por su abadía para oír cómo los cánticos suben hacia el cielo. No puede decirse que por el momento haya dado un resultado extraordinario, pero cuando siete frailes de la misma orden fueron degollados por extremistas islámicos, me dolieron los oídos durante

varios días. Sin embargo, tan elevadas protecciones no son sino fortificaciones de barro, murallas de arena, líneas Maginot, comparadas con la pequeña oración que mi hija Céleste reza todas las noches a su Señor antes de cerrar los ojos. Como nos dormimos más o menos al mismo tiempo, me embarco hacia el reino de los sueños con ese maravilloso salvoconducto que me libra de todo mal encuentro.

El baño

A las ocho y media llega la fisioterapeuta. Con silueta deportiva y perfil de moneda romana, Brigitte viene a poner en movimiento mis brazos y piernas, dominados por la anquilosis. Eso se llama «movilización», y esta terminología marcial resulta risible cuando se constata la delgadez de la tropa: treinta kilos perdidos en veinte semanas. No contaba con semejante resultado al empezar un régimen ocho días antes de mi accidente. De paso Brigitte comprueba si se produce algún estremecimiento que presagie una

mejoría. «Intente apretarme el puño», me pide. Como a veces abrigo la ilusión de que puedo mover los dedos, concentro mi energía a fin de triturarle las falanges, pero nada se mueve, y ella deposita mi mano inerte en el cuadrado de gomaespuma que le sirve de escenario. De hecho, los únicos cambios conciernen a mi cabeza. Ahora puedo girarla noventa grados, y mi campo visual va desde el tejado de pizarra del edificio contiguo hasta el curioso Mickey de lengua colgante dibujado por mi hijo Théophile cuando aún no me era posible entreabrir la boca. A fuerza de ejercicios, hasta la fecha hemos llegado

al punto de lograr introducir en ella una pajita. Como dice la neuróloga: «Se requiere mucha paciencia». La sesión de fisioterapia termina con un masaje facial. Brigitte me recorre con sus dedos tibios todo el rostro, la zona yerta, que me sugiere la consistencia del pergamino, y la parte inervada, en la que al menos puedo fruncir una ceja. Como la línea de demarcación pasa por la boca, sólo esbozo medias sonrisas, lo que se adecúa bastante bien a las fluctuaciones de mi estado de ánimo. Así, un episodio doméstico como el aseo cotidiano puede inspirarme sentimientos encontrados.

Un día me resulta divertido que a mis cuarenta y cuatro años me laven, me den la vuelta, me limpien el trasero y me pongan los pañales como a un niño de pecho. En plena regresión infantil, obtengo incluso con tales manejos un vago placer. Al día siguiente todo ello se me antoja el colmo del patetismo, y una lágrima surca la espuma de afeitar que un auxiliar extiende por mis mejillas. En cuanto al baño semanal, me sume a un tiempo en la congoja y la dicha. El delicioso momento en que me sumerjo en la bañera pronto se ve sustituido por la nostalgia de los prolongados chapuzones que constituían

el lujo de mi primera vida. Provisto de una taza de té o un whisky, de un buen libro o una pila de periódicos, permanecía largo rato en remojo accionando los grifos con los dedos del pie. Pocas veces soy tan cruelmente consciente de mi situación al evocar tales placeres. Por fortuna, no tengo tiempo de pensar demasiado en ello. De inmediato me devuelven tiritando a mi habitación sobre un portaenfermos tan cómodo como una tabla de faquir. Debo estar vestido de pies a cabeza a las diez y media, listo para bajar a la sala de rehabilitación. Como me niego a adoptar el infame estilo *jogging* recomendado

por la casa, vuelvo a mi ropa de estudiante chapado a la antigua. Al igual que ocurre con el baño, mis viejos chalecos podrían abrir dolorosos caminos en mi memoria. Sin embargo, en ello veo más bien un símbolo de que la vida continúa. Y la prueba de que aún deseo seguir siendo yo mismo. Puestos a babear, tanto da hacerlo sobre cachemira.

El alfabeto

Me encantan las letras de mi alfabeto. Por la noche, cuando la oscuridad resulta un poco agobiante y el único indicio de vida es un diminuto punto rojo, el piloto del televisor, vocales y consonantes bailan para mí al son de una farándula de Charles Trenet: «*De Venise, ville exquise, j'ai gardé le doux souvenir...*». Cogidas de la mano, cruzan la habitación, dan vueltas en torno a la cama, recorren la ventana, serpentean por la pared, van hasta la puerta y se largan de paseo.

ESARINTULOMDPCFBVHGJ

El aparente desorden de este alegre desfile no es fruto del azar sino de sabios cálculos. Más que de un alfabeto, se trata de un *hit-parade* en el que cada letra está clasificada en función de su frecuencia en la lengua francesa. Así, la E caracolea en cabeza y la W se aferra a fin de no ser abandonada por el pelotón. La B está de mal talante por haber sido relegada junto a la V, con la cual la confunden sin cesar. La orgullosa J no sale de su asombro por el hecho de que la hayan situado tan lejos, ella que da comienzo a tantas frases^[2]. Molesta por

haberse dejado escamotear un puesto por la H, la oronda G tuerce el morro, y siempre tú por tú, la T y la U saborean el placer de no haber sido separadas. Esas nuevas clasificaciones tienen una razón de ser: facilitar la tarea de todos aquellos que desean comunicarse directamente conmigo.

El sistema es bastante rudimentario. Me desgranar el alfabeto versión ESA... hasta que con un guiño detengo a mi interlocutor en la letra que debe anotar. Repetimos la maniobra con respecto a las letras siguientes y, salvo error u omisión, no tardamos en obtener una palabra completa, y acto seguido

segmentos de frases más o menos inteligibles. Eso en cuanto a la teoría, las instrucciones de uso, el folleto explicativo. Luego viene la realidad, el nerviosismo de unos y la sensatez de otros. No todos responden igual frente al código, como denominan también ese tipo de traducción de mis pensamientos. Los aficionados a los crucigramas y al Scrabble me llevan un largo de ventaja. Las chicas se desenvuelven mejor que los chicos. A fuerza de práctica, algunas se saben el juego de memoria y ya ni siquiera utilizan el sacrosanto cuaderno, mitad memorándum que recuerda el orden de las letras, mitad bloc de notas

donde quedan registradas todas mis palabras, como los oráculos de una pitonisa.

Por lo demás, me pregunto qué conclusiones sacarán los etnólogos del año 3000 si llegan a hojear esas libretas de apuntes, donde coexisten, sin orden ni concierto en una misma página, frases como: «La fisioterapeuta está embarazada», «Sobre todo en las piernas», «Se trata de Arthur Rimbaud» y «Los franceses han jugado como auténticos cerdos». Todo ello entreverado de garabatos incomprensibles, palabras mal escritas, letras perdidas y sílabas desheredadas.

Los emotivos son los que pierden antes el hilo. Con voz inexpresiva, devanan el alfabeto a toda marcha, anotan algunas letras al buen tuntún y, ante el desconcertante resultado, exclaman con descaro: «¡Soy un negado!». Al fin y al cabo, es bastante descansado, pues acaban por llevar todo el peso de la conversación, haciendo las preguntas y respondiéndolas sin que haya necesidad de repetirlas. Me dan más miedo los evasivos. Si les pregunto «¿Cómo va todo?», contestan «Bien», y se ponen a acariciarme la mano. Con ellos el alfabeto se convierte en un tira y afloja, y he de tener previstas dos o tres

preguntas para salir airoso. En cuanto a los meticulosos, jamás meten la pata. Anotan cada letra escrupulosamente y no intentan resolver el misterio de una frase hasta que está completa. Y, por supuesto, de aventurar la menor palabra ni hablar. Ni siquiera bajo el hacha del verdugo añadirían por su cuenta el «ñón» que le falta a «champi», el «mico» que sigue a «ató» ni el «able» sin el cual no hay nada «intermin» o «insoport». Tal morosidad hace bastante fastidioso el proceso, pero al menos evita los contrasentidos en que se enredan los impulsivos cuando prescinden de comprobar sus

intuiciones. Comprendí no obstante la poesía que encerraban esos acertijos el día en que, al emprender la tarea de pedir mis gafas, me preguntaron con delicadeza qué quería hacer con la luna...^[3]

La emperatriz

Pocos son los lugares de Francia donde se conserva todavía el recuerdo de la emperatriz Eugenia. En la gran galería del Hospital Marítimo, espacio desmesurado y ruidoso donde camillas y sillas de ruedas pueden circular de cinco en fondo, una vitrina recuerda que la esposa de Napoleón III fue la madrina del establecimiento. Las dos curiosidades principales de ese micromuseo son un busto de mármol blanco que restituye, en todo el esplendor de su juventud, a esa princesa caída en desgracia, fallecida a los

noventa y cuatro años, medio siglo después del fin del Segundo Imperio, y la carta en que el subjefe de estación de Berck narra al director del *Correspondant Maritime* la breve visita imperial del 4 de mayo de 1864. Resulta fácil imaginar la llegada del tren especial, el mariposeo de las jóvenes que acompañan a Eugenia, el recorrido de la alegre comitiva por la ciudad y, en el hospital, a los pequeños pacientes que son presentados a su ilustre protectora. Durante un tiempo no perdí ocasión de ir a rendir culto a tales reliquias.

He releído veinte veces el relato del ferroviario. Me mezclaba con el grupo

parlanchín de las damas de honor y, a medida que Eugenia pasaba de un pabellón a otro, iba en pos de su sombrero adornado con cintas amarillas, su sombrilla de tafetán y la estela que dejaba tras de sí, impregnada del agua de colonia elaborada por el perfumista de la corte. Un día de mucho viento me atreví incluso a acercarme y oculté el rostro entre los pliegues de su vestido de gasa blanca de anchas rayas satinadas. Era suave como nata batida, tan fresco como el rocío de la mañana. Ella no me rechazó. Me pasó los dedos por el cabello y dijo con dulzura: «Vamos, vamos, mi niño, debes ser muy

paciente», con un acento español que me recordaba al de la neuróloga. Ya no era la emperatriz de los franceses sino una deidad consoladora a modo de santa Rita, patrona de las causas desesperadas.

Y entonces, una tarde en que confiaba mis penas a su efigie, una figura desconocida vino a interponerse entre ella y yo. En un reflejo de la vitrina surgió el rostro de un hombre que parecía haber permanecido en un tonel de dioxina. Tenía la boca torcida, la nariz hecha una pena, el pelo desgredado y una mirada de horror. Llevaba un ojo recosido, y el otro

aparecía desorbitado como el ojo de Caín. Miré fijamente esa pupila dilatada durante un minuto hasta caer en la cuenta de que no era otro que yo.

Una extraña euforia se apoderó de mí. No sólo me hallaba exiliado, paralizado, mudo, medio sordo, privado de todos los placeres y reducido a una existencia de medusa, sino que además resultaba horrible de ver. Fui presa de esa demente risa nerviosa que un cúmulo de catástrofes acaba provocando cuando, tras un definitivo golpe del destino, se decide considerarlo como una broma. En un primer momento mis estertores de buen humor desconcertaron

a Eugenia, pero al final se dejó contagiarse por mi hilaridad. Reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas. Entonces la banda municipal empezó a tocar un vals, y me sentía tan alegre que de buena gana me habría levantado para sacar a bailar a Eugenia si ello hubiera resultado pertinente. Habríamos dado vueltas y más vueltas por los kilómetros de empedrado. Desde que tuvieron lugar tales acontecimientos, cada vez que tomo por la gran galería, detecto en la emperatriz un leve aire socarrón.

Cinecittà

El Hospital Marítimo ofrece un espectáculo sorprendente a los ruidosos ultraligeros que sobrevuelan la costa de Ópalo a cien metros de altitud. Con sus formas macizas y recargadas, y sus elevados muros de ladrillo marrón al estilo de las casas del norte, parece embarrancado en medio de la arena entre la ciudad de Berck y las aguas grises de la Mancha. En el frontón de la fachada más hermosa se lee «Ciudad de París», como en los baños públicos y las escuelas municipales de la capital. Creado en tiempos del Segundo Imperio

para los niños enfermos que no gozaban de un clima reparador en los hospitales de París, este anexo ha conservado su estatuto de extraterritorialidad.

Si bien la realidad nos sitúa en el paso de Calais, por lo que respecta a la seguridad social nos hallamos a orillas del Sena.

Comunicados por crujiás interminables, los edificios componen un verdadero dédalo, y no es extraño cruzarse con un paciente de Ménard extraviado en Sorrel, pues los principales pabellones llevan el nombre de cirujanos reputados. Los desdichados tienen la mirada del niño al que acaban

de arrancar de los brazos de su madre, y lanzan patéticos «¡Me he perdido!» temblando sobre sus muletas. Yo, que soy un «Sorrel», como dicen los camilleros, me oriento bastante bien, pero no siempre ocurre así con los amigos que me conducen, y he adquirido la costumbre de permanecer impasible ante los titubeos de los neófitos cuando nos adentramos por un camino equivocado. Ello puede dar ocasión de descubrir un recoveco desconocido, entrever nuevos rostros o captar al paso un olor a cocina. Fue así como di con el faro una de las primeras veces que me empujaban en mi silla de ruedas, cuando

apenas acababa de salir de las brumas del coma. Apareció en el recodo de una escalera que habíamos cogido por equivocación: esbelto, robusto y tranquilizador, con su librea de rayas rojas y blancas que recuerda una camiseta de rugby. Me puse de inmediato bajo la protección de ese símbolo fraternal que vela por los marinos así como por los enfermos, náufragos de la soledad.

Estamos en contacto permanente, y a menudo le hago una visita tras pedir que me conduzcan a Cinecittà, una zona esencial en mi geografía imaginaria del hospital. Cinecittà son las terrazas

siempre desiertas del pabellón Sorrel. Orientadas al sur, esas amplias balconadas se abren a un panorama del que emana el encanto poético y decadente de los decorados cinematográficos. Las afueras de Berck parecen una maqueta para tren eléctrico. Al pie de las dunas, unas cuantas casetas crean la ilusión de un pueblo fantasma del Far West. En cuanto al mar, su espuma es tan blanca que parece recién salida del departamento de efectos especiales.

Podría pasarme días enteros en Cinecittà. Allí me convierto en el mayor realizador de todos los tiempos. En la

ciudad ruedo de nuevo el primer plano de *Sed de mal*; en la playa repito los trávelin de *La diligencia*, y mar adentro recreo la tempestad que azota a *Los contrabandistas de Moonfleet*. O bien me diluyo en el paisaje y entonces mi único vínculo con el mundo es una mano amiga que acaricia mis dedos entumecidos. Soy Pierrot el loco, con el rostro embadurnado de azul y una ristra de cartuchos de dinamita enroscada en torno a la cabeza. La tentación de encender una cerilla pasa a la velocidad de una nube. Y luego llega la hora en que el día declina, en que va a salir el último tren para París, en que he de

volver a mi habitación. aguardo el invierno. Bien abrigados, podremos resistir hasta la noche, ver ponerse el sol y al faro tomar el relevo lanzando rayos de esperanza hacia todos los horizontes.

Los turistas

Tras haber acogido inmediatamente después de la guerra a las pequeñas víctimas causadas por los últimos estragos de la tuberculosis, Berck abandonó poco a poco su vocación infantil. Hoy más bien se combaten aquí las miserias de la edad, el inexorable deterioro del cuerpo y la mente, si bien la geriatría no constituye sino una parte del cuadro que es preciso pintar para hacerse una idea exacta de la clientela del establecimiento. En un extremo del lienzo hay una veintena de comas permanentes, pobres diablos sumidos en

una noche sin fin, a las puertas de la muerte. Jamás abandonan su habitación. Sin embargo, todos saben que están ahí, y gravitan con un curioso peso sobre la colectividad, como una mala conciencia. En el lado opuesto, junto a la colonia de los ancianos desheredados, residen algunos obesos de semblante aturdido, cuyas considerables dimensiones confía en reducir la medicina. En el centro, un impresionante batallón de lisiados compone el grueso de la tropa. Supervivientes del deporte, de la carretera y de todos los tipos de accidentes domésticos posibles e imaginables, transitan por Berck el

tiempo justo para dejar como nuevos sus miembros rotos. Yo los llamo «los turistas».

Por último, si se quiere que esta pintura resulte completa, hay que buscar un rincón para ubicarnos a nosotros, volátiles de alas quebradas, papagayos sin voz, aves de mal agüero que hemos anidado en un corredor sin salida del servicio de neurología. Huelga decir que afeamos el paisaje. Conozco muy bien el leve malestar que provocamos al atravesar, rígidos y silenciosos, un círculo de enfermos menos desfavorecidos.

El mejor puesto de observación de

tal fenómeno es la sala de fisioterapia, donde se mezclan todos los pacientes sometidos a rehabilitación. Se trata de una verdadera corte de los milagros ruidosa y colorista. Entre una parafernalia de miembros enyesados, prótesis y equipos más o menos sofisticados, se codean un chico con pendiente que se ha destrozado en un accidente de moto, una abuelita con chándal fosforescente que aprende de nuevo a caminar tras caerse de un taburete y una especie de vagabundo que se las arregló para que el metro le arrancase un pie. Alineados en fila, esta humanidad agita brazos y piernas bajo

una vigilancia relajada, mientras que yo estoy sujeto a un plano inclinado que lleva progresivamente a la posición vertical. Todas las mañanas, paso media hora suspendido, en un hierático ¡firmes! que evoca la aparición de la estatua del comendador en el último acto del *Don Juan* de Mozart. Por debajo de mí, todos ríen, bromean, se interpelan. Me gustaría tomar parte en ese jolgorio pero, en cuanto poso mi único ojo hábil en ellos, chico, abuelita y vagabundo vuelven la cabeza y experimentan la urgente necesidad de contemplar el detector de incendios fijado al techo. «Los turistas» deben de temer mucho al fuego.

El salchichón

Todos los días, tras la sesión de verticalización, un camillero me recoge en la sala de fisioterapia y me deposita al lado de mi cama, a la espera de que acudan los auxiliares para acostarme. Y también a diario, cuando llega el mediodía, el mismo camillero me suelta un «Que aproveche» con calculada jovialidad, su manera de despedirse hasta el día siguiente. Lo cual, por supuesto, equivale a desear «Feliz Navidad» el 15 de agosto o «Buenas noches» en pleno día. Desde hace ocho meses, lo único que he conseguido

tragar es unas gotas de agua con limón y media cucharada de yogur, que se me metió ruidosamente por las vías respiratorias. La prueba alimentaria, como bautizaron en tono rimbombante tamaño festín, no se reveló convincente. Perded cuidado, no por ello estoy muerto de hambre. A través de una sonda introducida en el estómago, dos o tres frascos de una sustancia pardusca me aseguran la cantidad diaria de calorías necesaria. En lo tocante al placer, recurro al vivido recuerdo de sabores y olores, una inagotable reserva de sensaciones. Existe el arte de aprovechar las sobras. Yo cultivo el de

mantener a fuego lento los recuerdos. Puedo sentarme a la mesa a cualquier hora. Si es en el restaurante, no necesito reserva. Si cocino, siempre me sale bien. El *bourguignon* resulta untuoso, el buey en gelatina, translúcido, y la tarta de albaricoque con el punto justo de acidez. Según mi estado de ánimo, me regalo con una docena de caracoles, una *choucroute garnie* y una botella de Gewurtztraminer de vendimia tardía, con matices dorados, o me limito a degustar un simple huevo pasado por agua, mojándolo con tiritas de pan previamente untadas de mantequilla salada. ¡Qué delicia! La yema me

acaricia el paladar y la garganta con largos regueros tibios. Y los trastornos digestivos brillan por su ausencia. Huelga decir que utilizo los mejores productos: las verduras más frescas, pescados recién salidos del mar, las carnes mejor entreveradas. Todo debe ser preparado según las reglas. Para mayor seguridad, un amigo me ha enviado la receta de la verdadera *andouillette* de Troyes, con tres tipos de carne diferentes enroscadas en tiras. Asimismo, respeto escrupulosamente el ritmo de las estaciones. De momento me refresco las papilas gustativas con melón y frutas del bosque. Las ostras y

la caza quedarán para el otoño, si me siguen apeteciendo, pues me estoy volviendo razonable, o mejor dicho, ascético. Al principio de mi largo ayuno, la abstinencia me impulsaba a visitar de continuo mi despensa imaginaria. Era un bulímico. Hoy casi podría contentarme con el salchichón artesano envuelto en su redecilla que cuelga a perpetuidad en un rincón de mi mente. Una *rosette* de Lyon de forma irregular, muy seca y cortada en tacos gruesos. Cada bocado se deja fundir un poco en la lengua antes de masticarlo para extraer todo su sabor. Esa delicia constituye asimismo un objeto sagrado,

un fetiche cuya historia se remonta a casi cuarenta años atrás. Estaba todavía en la edad de los caramelos pero ya prefería con mucho los embutidos, y la enfermera de mi abuelo materno había reparado en que, en cada una de mis visitas al siniestro piso del bulevar Raspail, le pedía salchichón con un ceceo encantador. Diestra en halagar la glotonería de niños y ancianos, aquella industriosa gobernanta acabó por matar dos pájaros de un tiro al regalarme un salchichón y casarse con mi abuelo justo antes de su muerte. La alegría de recibir semejante regalo fue proporcional a la irritación que esa boda sorpresa causó

en la familia. De mi abuelo sólo conservo una imagen bastante borrosa, una alargada silueta en la penumbra, con el rostro severo del Víctor Hugo que exhibían los antiguos billetes de quinientos francos al uso en aquella época. Veo con mayor claridad el salchichón, incongruente en medio de mis Dinky-Toys y mis libros de la biblioteca infantil.

Temo que nunca más podré comer uno mejor.

El ángel de la guarda

En la placa de identificación prendida con un imperdible a la bata blanca de Sandrine se lee «ortofonista», pero debería poner «ángel de la guarda». Ella fue quien estableció el código de comunicación sin el cual me hallaría aislado del mundo. Por desgracia, si bien casi todos mis amigos han adoptado el sistema tras un período de aprendizaje, aquí, en el hospital, sólo lo practican Sandrine y una psicóloga. Así, la mayor parte del tiempo sólo dispongo de un arsenal de mímicas, guiños e inclinaciones de cabeza para pedir que

cierren la puerta, arreglen la cisterna del váter, bajen el volumen del televisor o me acomoden la almohada. No siempre consigo hacerme entender. A lo largo de las semanas, esta soledad forzosa me ha permitido adquirir cierto estoicismo y comprender que la humanidad hospitalaria se divide en dos partes. Está la mayoría, que no franqueará el umbral sin tratar de pescar mis SOS, y los demás, menos escrupulosos, que se eclipsan fingiendo no haber visto mis señales de socorro. Como ese amable bruto que apagó el partido de fútbol Burdeos-Munich en el intermedio al tiempo que me gratificaba con un

«Buenas noches» inapelable. Más allá de los aspectos prácticos, esa incomunicabilidad agobia un poco. Huelga decir lo reconfortante que me resulta cuando, dos veces al día, Sandrine llama a la puerta, asoma una carita de ardilla pillada en falta y ahuyenta de golpe todos los malos espíritus. La escafandra invisible que me ciñe permanentemente parece menos opresiva.

La ortofonía es un arte que merece ser conocido. No imagináis la gimnasia que efectúa de manera maquinal la lengua para producir todos los sonidos del francés. Por el momento tropiezo

con la ele, lamentable redactor jefe que ya no sabe articular el nombre de su propia revista^[4]. Los días afortunados, entre dos accesos de tos, recupero el aire y la energía suficientes para sonorizar algunos fonemas. Para mi cumpleaños, Sandrine consiguió hacerme pronunciar el alfabeto de manera inteligible. No podían haberme hecho un regalo más bello. Oí cómo las veintiséis letras eran arrancadas de la nada por una voz ronca surgida de la noche de los tiempos. Ese extenuante ejercicio me produjo la sensación de ser un hombre de las cavernas que empieza a descubrir el lenguaje. El teléfono

interrumpe a veces nuestra tarea. Me aprovecho de Sandrine para comunicarme con algunos íntimos y captar al vuelo retazos de vida dispersos, como se atrapa una mariposa. Mi hija Céleste cuenta sus cabalgadas a lomos de poni. Dentro de cinco meses celebrará su noveno cumpleaños. Mi padre explica sus dificultades para tenerse en pie. Atraviesa con valentía su nonagésimo tercer año. Ambos constituyen los dos eslabones extremos de la cadena de amor que merodea y me protege. A menudo me pregunto qué efecto tendrán esos diálogos de sentido único sobre mis interlocutores. A mí me

trastornan. Cómo me gustaría no oponer tan sólo el silencio a tan tiernas llamadas. Hay a quien incluso le resulta insoportable. La dulce Florence no me habla si de antemano no he respirado ruidosamente en el auricular que Sandrine mantiene pegado a mi oído. «Jean-Do, ¿estás ahí?», se inquieta Florence al otro extremo del hilo.

Debo decir que en ocasiones ya no lo sé muy bien.

La fotografía

La última vez que vi a mi padre, le afeité. Fue la semana de mi accidente. Como estaba enfermo, me quedé una noche con él en su pequeño piso parisino próximo a las Tullerías, y por la mañana, tras haberle preparado su té con leche, me dispuse a desembarazarle de una barba de varios días. Esa escena ha quedado grabada en mi memoria. Arrellanado en su sillón de fieltro rojo, donde suele leer la prensa de cabo a rabo, papá se enfrenta con valor a las escoceduras de la maquinilla de afeitar, que ataca su flácida piel. He dispuesto

una toalla grande en torno a su cuello descarnado y, tras extender una espesa nube de espuma sobre su rostro, trato de no irritar demasiado su epidermis, estriada aquí y allá por venitas reventadas. La fatiga ha relegado sus ojos al fondo de las órbitas, la nariz parece más poderosa en medio de los demacrados rasgos, pero el hombre no ha perdido nada de su arrogancia, con el penacho de cabellos blancos que desde siempre corona su elevada silueta. En la habitación, a nuestro alrededor, los recuerdos de su vida se han ido acumulando por capas hasta dar lugar a una de esas leoneras de viejos cuyos

secretos sólo ellos conocen. Es un desorden de revistas atrasadas, discos que ya no se escuchan, objetos heterogéneos y fotos de todas las épocas sujetas en el marco de un gran espejo. Está papá de marinerito jugando al aro, antes de la Gran Guerra, mi hija de ocho años de amazona y una instantánea mía, en blanco y negro, tomada en un minigolf. Tenía once años, orejas de soplillo y un aire de buen alumno algo pánfilo, tanto más exasperante cuanto que por entonces ya era un tarambana redomado.

Concluyo mis funciones de barbero rociando al autor de mis días con su

agua de colonia favorita. Luego nos despedimos, por una vez sin que me hable de la carta que guarda en su escritorio y que contiene sus últimas voluntades. Desde entonces no hemos vuelto a vernos. Yo no abandono mi veraneo en Berck y, a sus noventa y tres años, las piernas ya no le permiten bajar las majestuosas escaleras de su edificio. Ambos constituimos sendos casos de *locked-in syndrom*, cada cual a su modo, yo en mi envoltura carnal y él en el tercer piso. Ahora es a mí a quien afeitan todas las mañanas, y con frecuencia pienso en él cuando un auxiliar raspa concienzudamente mis

mejillas con una hoja que tiene ya ocho días de uso auestas. Confío en haber sido un Fígaro más atento.

De vez en cuando me llama por teléfono, y puedo oír su voz cálida y algo temblorosa en el auricular que una mano caritativa mantiene pegado a mi oído. No debe de resultar fácil hablarle a un hijo que no puede responder. También me envió la foto del minigolf. En un primer momento no entendí por qué. Habría seguido siendo un enigma si a alguien no se le hubiera ocurrido mirar al dorso de la copia. Por mi pantalla de cine personal empezaron entonces a desfilas las imágenes olvidadas de un fin

de semana de primavera en que mis padres y yo habíamos ido a airearnos a un pueblucho azotado por el viento y no muy alegre. Con su letra robusta y regular, papá había anotado simplemente: «Berck-sur-Mer, abril de 1963.»

Otra coincidencia

Si preguntaran a los lectores de Alejandro Dumas en cuál de sus personajes les gustaría reencarnarse, los votos irían para D'Artagnan o Edmond Dantés, y a nadie se le ocurriría citar a Noirtier de Villefort, figura bastante siniestra de *El conde de Montecristo*. Descrito por Dumas como un cadáver de viva mirada, un hombre moldeado ya en sus tres cuartas partes para la tumba, ese minusválido profundo no induce a soñar sino a estremecerse. Depositario impotente y mudo de los más terribles secretos, se pasa la vida postrado en una

silla de ruedas y sólo se comunica guiñando los ojos: un guiño significa «sí», dos «no». De hecho, abuelito Noirtier, como le apoda con afecto su nieta, es el primer caso de *locked-in syndrom*, y hasta hoy el único, aparecido en literatura.

Tan pronto como mi mente surgió de la espesa niebla en que mi accidente la había sumido, pensé mucho en abuelito Noirtier. Acababa precisamente de releer *El conde de Montecristo*, y hete aquí que al despertar me encontraba en el meollo del libro, y en la más enojosa de las situaciones. Dicha lectura no era fruto del azar. Tenía el proyecto, sin

duda iconoclasta, de escribir una transposición moderna de la novela: la venganza seguía siendo, por supuesto, el motor de la intriga, pero los hechos transcurrían en nuestra época y Montecristo era una mujer.

No tuve tiempo de cometer ese crimen de lesa majestad. Como castigo habría preferido verme metamorfoseado en el barón Danglars, en Frantz d'Épinay, en el abate Faria o, bien mirado, tener que copiar diez mil veces: «Con las obras maestras no se juega». Los dioses de la literatura y la neurología decidieron de otro modo por mí.

Algunas noches tengo la impresión de que abuelito Noirtier viene a patrullar por nuestros pasillos con sus largos cabellos blancos y su silla de ruedas de un siglo de antigüedad, que necesita unas gotas de aceite. Para torcer los designios del destino tengo ahora en mente una gran saga donde el testigo clave es corredor pedestre en lugar de paralítico. Nunca se sabe. Tal vez la cosa funcione.

El sueño

Por lo general no suelo recordar mis sueños. Con la llegada del día pierdo el hilo del argumento y las imágenes se difuminan de manera inexorable. Entonces, ¿por qué esos sueños de diciembre se han grabado en mi memoria con la precisión de un rayo láser? Tal vez se trate de una de las reglas del coma. Como uno no vuelve a la realidad, los sueños no tienen ocasión de evaporarse sino que se aglomeran para formar una prolongada fantasmagoría, que se va reanudando como una novela por entregas. Esta

noche me viene a la memoria un episodio.

En mi sueño caen gruesos copos de nieve. Una capa de treinta centímetros cubre el cementerio de coches que, en compañía de mi mejor amigo, atravieso tiritando. Hace tres días que Bernard y yo intentamos regresar a Francia, paralizada por una huelga general. En una estación de deportes de invierno italiana a la que habíamos ido a parar, Bernard descubrió un tren de cercanías que se dirigía a Niza, pero en la frontera, una barricada de huelguistas interrumpió nuestro viaje y nos obligó a bajar en medio de la tormenta, con

zapatos de calle y traje de entretiempo. El decorado resulta lúgubre. Un viaducto domina el cementerio de coches, y se diría que son los vehículos caídos de la autopista que corre cincuenta metros más arriba los que se amontonan allí, unos sobre otros. Tenemos una cita con un poderoso hombre de negocios italiano que ha instalado su cuartel general en un pilar de esa obra de ingeniería, a salvo de miradas indiscretas. Hay que llamar a una puerta de hierro amarilla que exhibe un cartel de PELIGRO DE MUERTE y esquemas con las instrucciones para socorrer a los electrocutados. La puerta

se abre. La entrada recuerda las existencias de un fabricante de ropa del Sentier: chaquetas colgadas de un bastidor, pilas de pantalones, cajas con camisas. Llegan hasta el techo. Reconozco por sus greñas al cancerbero con traje de campaña que nos recibe metralleta en mano. Se trata de Radovan Karadzic, el líder serbio. «A mi amigo le cuesta respirar», le dice Bernard. Karadzic me practica una traqueotomía sobre una mesa, y luego bajamos al sótano por una lujosa escalera de cristal. Las paredes tapizadas de cuero rojizo, mullidos sofás y una luz tamizada confieren a ese despacho el aspecto de

un *night club*. Bernard discute con el propietario, un clon de Gianni Agnelli, el elegante empresario de la Fiat, mientras una azafata con acento libanés me instala en un diminuto bar. Vasos y botellas han sido sustituidos por tubos de plástico que caen del techo como las máscaras de oxígeno en los aviones en apuros. Un barman me indica con un gesto que me meta uno en la boca. Así lo hago. Un líquido ambarino con sabor a jengibre empieza a correr y una cálida sensación me invade desde la punta de los pies hasta la raíz del cabello. Transcurridos unos momentos, mi mayor deseo sería dejar de beber y bajarme un

rato del taburete. Sigo no obstante dando largos tragos, incapaz de hacer el menor gesto. Lanzo miradas desesperadas al barman a fin de atraer su atención. Me responde con una sonrisa enigmática. Rostros y voces se deforman. Bernard me dice algo, pero el sonido que sale en cámara lenta de su boca me resulta incomprensible. En su lugar, oigo el *Bolero* de Ravel. Me han drogado por completo.

Una eternidad más tarde, detecto un zafarrancho de combate. Una azafata con acento libanés se me echa a la espalda y me sube por la escalera. «Debemos irnos, la policía está a punto de llegar».

Fuera, la noche ha caído y ya no nieva. Un viento glacial me corta el aliento. En el viaducto han instalado un proyector, cuyo haz luminoso rebusca entre las carrocerías abandonadas.

«¡Ríndanse, están rodeados!», vocifera un megáfono. Conseguimos escapar, y para mí supone el comienzo de un largo vagabundeo. En mi sueño me encantaría poder huir pero, cuando lo intento, un indecible torpor me impide dar un solo paso. Me he convertido en estatua, estoy momificado, vitrificado. Si bien sólo una puerta me separa de la libertad, no tengo fuerzas para abrirla. Sin embargo, no es ésa mi única

angustia. Rehén de una secta misteriosa, temo que mis amigos caigan en la misma trampa. Trato por todos los medios de avisarlos, mas mi sueño se halla perfectamente sincronizado con la realidad. Soy incapaz de pronunciar una sola palabra.

La voz en *off*

He conocido despertares más suaves. Cuando esta mañana de finales de enero he recuperado la conciencia, un hombre estaba inclinado sobre mí y cosía mi párpado derecho con hilo y aguja como se remienda un par de calcetines. Un temor irracional se ha apoderado de mí. ¿Y si en su entusiasmo de oftalmólogo me cosiera también el ojo izquierdo, mi único nexo con el exterior, el único tragaluz de mi calabozo, la ventanilla de mi escafandra? Afortunadamente, no me sumió en la oscuridad. Tras ordenar con esmero su delicado material en cajas de

hojalata forradas de algodón en rama, con el tono de un fiscal que pide un castigo ejemplar al habérselas con un reincidente, se limitó a soltar: «Seis meses». Multipliqué las señales interrogativas con mi ojo sano, pero el tipo, si bien se pasaba los días escrutando la pupila de otros, no por eso sabía leer en la mirada. Era el prototipo del médico arrogante, arisco y altanero, que en su consulta convoca imperativamente a los pacientes a las ocho, hace acto de presencia a las nueve y se larga a las nueve y cinco tras haber dedicado a cada uno cuarenta y cinco segundos de su precioso tiempo. De

compleción se parecía a Max la Menace, una gran cabeza redonda sobre un cuerpo corto de talla y nervioso. De por sí poco elocuente con el común de los enfermos, se volvía decididamente huidizo con fantasmas como yo, pues no éramos dignos de que malgastara su saliva con nosotros para proporcionarnos la menor explicación. Acabé enterándome de por qué me había obturado el ojo por seis meses: el párpado ya no desempeñaba su papel de cortinilla móvil y protectora y existía el riesgo de que se me ulcerase la córnea.

Al transcurrir las semanas me pregunté si el hospital recurriría

expresamente a un individuo tan impresentable con objeto de catalizar la sorda desconfianza que el cuerpo médico acaba por despertar en los pacientes de prolongada permanencia. Una especie de cabeza de turco, digamos. Si se va, como se rumorea, ¿de qué engreído podré burlarme? A su eterna pregunta «¿Ve usted doble?», ya no tendré el placer solitario e inocente de oírme responder en mi fuero interno: «Sí, veo a dos imbéciles en lugar de uno».

Necesito como el aire que respiro sentirme conmovido, amar y admirar. La carta de un amigo, un cuadro de Balthus

en una postal, una página de Saint-Simon confieren sentido al lento desgranar de las horas. No obstante, para sentirme vivo y no abismarme en una tibia resignación, conservo una sana dosis de rabia, de mal carácter, ni demasiado ni demasiado poco, al igual que la olla exprés dispone de una válvula de seguridad que le impide explotar.

Mira, *La olla exprés*, ése podría ser un buen título para la obra de teatro que tal vez escriba un día a partir de mi experiencia. También he pensado bautizarla *El ojo* y, por supuesto, *La escafandra*. Ya estáis al corriente del argumento y el decorado. La habitación

de hospital en que el señor L, un padre de familia en la plenitud de la edad, aprende a vivir con un *locked-in syndrom*, secuela de un grave accidente cardiovascular. La obra narra las aventuras del señor L en el universo médico y la evolución de las relaciones que mantiene con su mujer, sus hijos, sus amigos y sus socios en la importante agencia de publicidad de la cual es uno de los fundadores. Ambicioso y más bien cínico, y sin haber tenido que encajar hasta entonces ningún revés, el señor L lleva a cabo el aprendizaje del infortunio, ve cómo se derrumban todas las certezas que le arropaban y descubre

que sus íntimos no son sino desconocidos para él. Se podrá seguir esa lenta mutación desde primera fila gracias a una voz en *off* que reproduce el monólogo interior del señor L en todas y cada una de las situaciones. Sólo resta escribir la obra. La última escena ya la tengo. El decorado se halla sumido en la penumbra, excepto un halo que nimba la cama situada en el centro del escenario. Es de noche, todo duerme. De pronto el señor L, inerte desde la subida del telón, aparta sábana y mantas, salta al pie de la cama, recorre el escenario bañado en una luz irreal. Después reina la oscuridad y se oye por última vez la

voz en *off*, el monólogo interior del señor L: «Mierda, sólo ha sido un sueño».

Día de suerte

Esta mañana, apenas amanece, la mala suerte se ensaña con la habitación 119. Desde hace media hora, la alarma del aparato que regula mi sistema de alimentación ha empezado a sonar en el vacío. No sé de nada tan estúpido y desesperante como ese irritante bip bip que horada el cerebro. Encima, el sudor ha despegado el esparadrapo que mantiene cerrado mi párpado derecho, y las pestañas, impregnadas de goma, me cosquillean dolorosamente el globo ocular. En fin, para colmo, la cánula de la sonda urinaria se ha salido. Estoy

empapado por completo. A la espera del socorro, me canturreo un viejo tema de Henri Salvador: «*Viens donc, baby, tout ça c'est pas grave*». Por lo demás, aquí llega la enfermera. Pone maquinalmente la tele. Es el momento de la publicidad. Un servidor de Minitel propone responder a la pregunta: «¿Está usted preparado para hacer fortuna?».

La huella de la serpiente

Cuando alguien me pregunta en son de broma si pienso ir en peregrinaje a Lourdes, contesto que ya lo he hecho. Fue a finales de los años setenta. Joséphine y yo manteníamos una relación hartó complicada para esperar que saliera bien un viaje de placer en mutua compañía, uno de esos periplos organizados que contiene tantas semillas de la discordia como minutos hay en el día. Para partir una mañana sin saber dónde se dormiré esa noche y qué ruta

se seguirá hasta alcanzar ese destino desconocido, hace falta o bien ser muy diplomático o tener reservas inagotables de mala fe. Tanto Joséphine como yo estábamos en la nómina de la segunda categoría, y durante una semana su viejo descapotable azul pálido fue escenario de trifulcas domésticas móviles y permanentes. Desde Ax-les-Thermes, donde acababa de hacer un cursillo de excursionismo, paréntesis incongruente en una existencia dedicada a todo salvo el deporte, hasta la Chambre d'Amour, pequeña playa de la costa vasca en la que el tío de Joséphine tenía un chalet, habíamos seguido una ruta tempestuosa y

magnífica a través de los Pirineos dejando a nuestra espalda una estela de «En primer lugar, yo nunca he dicho eso».

El motivo esencial de esta desavenencia cordial era un grueso volumen de seiscientas o setecientas páginas con cubierta roja y negra en la que destacaba un título atractivo. *La Trace du Serpent* narraba la vida y milagros de Charles Sobraj, una especie de gurú de los caminos que hechizaba y atracaba a los viajeros occidentales por la zona de Bombay o de Katmandú. La historia de esa serpiente de origen francoindio era verídica. Aparte de eso

sería incapaz de reproducir el menor detalle, y cabe en lo posible que mi resumen resulte inexacto, pero lo que sí recuerdo perfectamente es el ascendiente que Charles Sobraj ejercía también sobre mí. Si bien pasada Andorra aún consentía en alzar los ojos de mi libro para admirar un paisaje, llegados al pico de Midi me negué en redondo a bajar del coche para dar un paseo hasta el observatorio. Bien es verdad que aquel día una espesa niebla amarillenta envolvía la montaña, limitando la visibilidad y el interés de la excursión. Pese a ello, Joséphine me dejó allí plantado y se fue a refunfuñar

durante un par de horas entre las nubes. ¿Era para librarme del hechizo por lo que insistía en pasar por Lourdes? Como nunca había estado en esa capital mundial del milagro, accedí sin rechistar. De todos modos, en mi mente enardecida por la lectura, Charles Sobraj se confundía con Bernadette Soubirous y las aguas del Adour se mezclaban con las del Ganges.

Al día siguiente, tras haber franqueado un puerto del Tour de Francia cuya ascensión se me antojó extenuante incluso en coche, entramos en Lourdes envueltos en un calor sofocante. Joséphine conducía, yo ocupaba el

asiento contiguo y *La Trace du Serpent*, engrosado y deformado, reinaba en el asiento trasero. Desde la mañana no me había atrevido a tocarlo, pues Joséphine había decidido que mi pasión por aquella saga exótica evidenciaba un desinterés hacia su persona. Era la temporada alta para los peregrinajes, y la ciudad exhibía el cartel de COMPLETO. Aun así, emprendí un rastrillaje sistemático de las reservas hoteleras, sólo para toparme con reprobatorios encogimientos de hombros o con «Lo sentimos mucho», según la categoría del establecimiento. El sudor me pegaba la camisa a los riñones, y

sobre todo el espectro de una nueva disputa planeaba sobre nosotros, cuando el conserje de un hotel de Inglaterra, España o los Balcanes, o qué sé yo, me informó de una anulación con el tono sentencioso de un notario que anuncia a los herederos el repentino fallecimiento de un tío de América. Sí, disponía de una habitación. Me abstuve de decir «Es un milagro» porque me daba cuenta instintivamente de que allí no se bromeaba con esa clase de cosas. El ascensor era mayor de lo normal, a la medida de las camillas, y diez minutos después, cuando me disponía a tomar una ducha, me di cuenta de que nuestro

cuarto de baño estaba equipado para acoger a minusválidos.

Mientras Joséphine se entregaba a su vez a las necesarias abluciones, me precipité, envuelto en una simple toalla, hacia el sublime oasis de todos los sedientos: el minibar. Antes que nada vacié de un solo trago un botellín de agua mineral. Oh botella, siempre recordaré tu gollete de vidrio en mis labios reseco. Acto seguido preparé una copa de champán para Joséphine y un gin-tonic para mí. Habiendo cumplido mi misión de barman, inicié furtivamente una retirada estratégica hacia las aventuras de Charles Sobraj,

pero en lugar del efecto sedante con que contaba, el champán devolvió todo su vigor a la vena turística de Joséphine. «Quiero ver a la Santa Virgen», repetía mientras saltaba con los pies juntos como el escritor católico François Mauriac en una célebre foto.

Así que allá fuimos, hacia el lugar santo, bajo un cielo plomizo y amenazador, remontando una columna ininterrumpida de sillas de ruedas conducidas por damas de la caridad que a todas luces no se las habían con su primer tetrapléjico. «¡Si llueve, todas a la basílica!», voceó con autoridad la monja que encabezaba la comitiva, con

la toca al viento y el rosario en la mano. Observé a hurtadillas a los enfermos, aquellas manos retorcidas, el rostro inescrutable, pequeños bultos de vida amontonados sobre sí mismos. Uno de ellos cruzó mi mirada y esbocé una sonrisa, pero me respondió sacándome la lengua y noté que me ruborizaba estúpidamente como pillado en falta. Con zapatillas de deporte rosa, vaqueros rosa y sudadera rosa, Joséphine avanzaba maravillada por entre una masa oscura: todos los curas franceses que todavía se visten de cura parecían haberse dado cita allí. Ella rozó el éxtasis cuando aquel coro de sotanas

entonó *Soyez la Madone qu'on prie à genoux*, el cántico de su infancia. Juzgando sólo por el ambiente, un observador poco atento habría podido creerse en las inmediaciones del parque de los Príncipes una noche de Copa de Europa.

En la inmensa explanada que precedía a la entrada de la gruta, serpenteaba una cola de un kilómetro al ritmo lacerante de las avemarías. Nunca había visto semejante fila de espera, salvo quizá en Moscú, ante el mausoleo de Lenin.

—¡Oye, no pretenderás que haga toda esa cola!

—Pues es una lástima —replicó Joséphine—, le haría mucho bien a un descreído como tú.

—De eso nada, y además incluso resulta peligroso. Imagínate a un tipo rebosante de salud que llega en plena aparición. Un milagro y de pronto se ve paralizado.

Diez cabezas se volvieron hacia mí para ver quién pronunciaba aquellas palabras tan iconoclastas. «Idiota», susurró Joséphine. Un aguacero aportó algo de diversión. Desde las primeras gotas hizo eclosión toda una generación espontánea de paraguas, y un olor a polvo caliente flotó en la atmósfera.

Nos dejamos arrastrar hasta la basílica subterránea Juan XXIII, ese gigantesco hangar para oraciones donde sirven la misa desde las seis hasta medianoche, cambiando de sacerdote cada dos o tres oficios. Había leído en una guía que la nave de hormigón, más espaciosa que San Pedro de Roma, podía albergar varios Jumbo Jet. Seguí a Joséphine hasta una hilera de bancos donde había sitios libres, bajo uno de los innumerables altavoces que transmitían la ceremonia en medio de muchos ecos. «Gloria a Dios en los cielos... en los cielos... los cielos...». Durante la elevación, mi vecino, un

peregrino previsor, sacó de la mochila unos gemelos de aficionado hípico a fin de observar las operaciones. Otros fieles disponían de periscopios improvisados como se ven el 14 de Julio al paso del desfile. El padre de Joséphine me contaba a menudo cómo había empezado a ganarse la vida vendiendo ese tipo de artículos a la salida del metro. Eso no le había impedido convertirse en un tenor de la radio. Más tarde emplearía su talento de vendedor en describir las bodas principescas, los terremotos y los combates de boxeo. Fuera, la lluvia había cesado. El aire era más fresco.

Joséphine pronunció la palabra «compras». Saliendo al paso de tal eventualidad, yo había localizado la ancha calle donde las tiendas de recuerdos se apiñaban como en un zoco oriental y ofrecían el más extravagante despliegue de objetos de culto.

Joséphine coleccionaba cosas: viejos frascos de perfume, cuadros de inspiración campesina con vaca solitaria o en manada, los platos de comida ficticia que hacen las veces de menú en los escaparates de los restaurantes de Tokio y, en general, todo lo *kitsch* que podía encontrar en el curso de sus numerosos viajes. Allí tuvo un

verdadero flechazo. En la cuarta tienda, en la acera de la izquierda, parecía aguardar a Joséphine en medio de un batiburrillo de medallas piadosas, relojes de cuco suizos y bandejas para quesos. Se trataba de un adorable busto de estuco con una aureola parpadeante como los adornos del árbol de Navidad.

—¡Ahí tienes a mi Santa Virgen! — exclamó Joséphine.

—Te la regalo —dije al instante, sin imaginar la suma que iba a arrancarme el vendedor alegando que era una pieza única.

Esa noche celebramos la adquisición en nuestro cuarto de hotel, iluminando

nuestros retozos con su luz intermitente y sagrada. Sombras fantásticas se dibujaban en el techo.

—Oye, Joséphine, creo que cuando volvamos a París debemos separarnos.

—¿Piensas que no me he dado cuenta?

—Pero Jo...

Se había dormido. Cuando una situación le desagradaba, tenía el don de sumirse en un sueño instantáneo y protector. Se tomaba unas vacaciones de la existencia durante cinco minutos o varias horas. Por un momento observé cómo el tabique situado tras la cabecera de la cama entraba y salía de la

oscuridad. ¿Qué diablos podía impulsar a la gente a tapizar toda una habitación con tela de yute color naranja?

Como Joséphine seguía durmiendo, me vestí silenciosamente para entregarme a una de mis ocupaciones favoritas, el vagabundeo nocturno. Era mi propia manera de luchar contra los malos vientos, caminar siempre hacia delante hasta el agotamiento. En el bulevar, unos adolescentes holandeses bebían ávida y ruidosamente grandes jarras de cerveza. Habían practicado agujeros en bolsas de basura a fin de improvisar impermeables. Pesadas rejas impedían el acceso a la gruta, pero a su

través se podía ver la luz de cientos de cirios que iban acabando de consumirse. Mucho más tarde, mi vagar me condujo a la calle de las tiendas de recuerdos. En el cuarto escaparate, una María idéntica había ocupado ya el sitio de la nuestra. Volví al hotel, y desde lejos vi cómo la ventana de nuestro cuarto parpadeaba en medio de la penumbra. Subí por la escalera cuidando de no perturbar el sueño del vigilante nocturno. *La Trace du Serpent* yacía sobre mi almohada como una joya en su estuche. «Vaya —murmuré—, Charles Sobraj, me había olvidado por completo de ti».

Reconocí la letra de Joséphine. Una enorme T cruzaba toda la página 168. Era el principio de un mensaje que cubría sus buenos dos capítulos del libro y lo hacía completamente ilegible.

«Te quiero, gilipollas. No hagas sufrir a tu Joséphine».

Por suerte, ya había leído bastante más allá.

Cuando apagué la Santa Virgen, el día comenzaba a despuntar.

La cortina

Hecho un ovillo en la silla de ruedas que su madre empuja a lo largo de los pasillos del hospital, observo a mis hijos a hurtadillas. Si bien yo me he convertido en un padre un tanto zombi, Théophile y Céleste son muy reales, revoltosos y protestones, y no me canso de verlos caminar, simplemente caminar, a mi lado ocultando con aire decidido la desazón que encorva sus pequeños hombros. Con pañuelitos de papel, Théophile, sin dejar de andar, enjuga los hilillos de saliva que se derraman entre mis labios cerrados. Su

gesto es furtivo, tierno y temeroso a un tiempo, como si se hallara frente a un animal de reacciones imprevisibles. Cuando disminuimos la marcha, Céleste oculta mi cabeza entre sus brazos desnudos, cubre mi frente de sonoros besos y repite: «Es mi papá, es mi papá», como si fuese un encantamiento. Se celebra el día del Padre. Hasta que sobrevino mi accidente, no sentíamos la necesidad de incluir esa cita forzada en nuestro calendario afectivo, pero hoy pasamos juntos todo este día simbólico a fin de atestiguar, sin duda, que un esbozo, una sombra, una brizna de papá sigue siendo un papá. Me siento

dividido entre la alegría de verlos vivir, moverse, reír o llorar por espacio de unas horas y el temor de que el espectáculo de tantas miserias, empezando por la mía, no sea la distracción ideal para un chico de diez años y su hermanita de ocho, aunque hayamos tomado en familia la sabia decisión de no edulcorar nada.

Nos instalamos en el Beach Club. Llamo así a una parcela de duna expuesta al sol y al viento donde la administración ha tenido la gentileza de disponer mesas, sillas y sombrillas, e incluso de plantar algunos ranúnculos que crecen en la arena entre los

hierbajos. En ese compartimento estanco situado al borde de la playa es posible soñar que un hada buena va a convertir todas las sillas de ruedas en carrozas aladas. «¿Jugamos al ahorcado?»^[5], pregunta Théophile, y de buena gana le respondería que ya tengo bastante con jugar al paralítico, si mi sistema de comunicación no impidiese las réplicas mordaces. La agudeza más fina se embota y pierde toda su gracia cuando se requieren varios minutos para soltarla. Llegado al final, uno mismo ya no entiende muy bien lo que tan divertido parecía antes de dictarlo laboriosamente letra por letra. La regla

consiste, pues, en evitar las ocurrencias intempestivas. Ello sustrae a la conversación su espuma de azogue, esas palabras precisas que los interlocutores se lanzan unos a otros como una pelota contra un frontón, y cuento esa falta forzosa de sentido del humor entre los inconvenientes de mi estado.

En fin, nos abocamos al ahorcado, el deporte nacional en las clases de séptimo. Doy con una palabra, otra más, y me atasco en la tercera. La verdad es que no me concentro en el juego. Me ha invadido una oleada de tristeza. Théophile, mi hijo, está ahí sentado tan formalito, con el rostro a cincuenta

centímetros del mío, y yo, su padre, no tengo siquiera el derecho de pasar la mano por su espeso cabello, de pellizcarle la nuca cubierta de pelusa, de estrechar su menudo cuerpo liso y tibio hasta sofocarle. ¿Cómo decirlo? ¿Es algo monstruoso, inicuo, repugnante u horrible? De pronto me derrumbo. Las lágrimas afloran y de mi garganta escapa un ronco espasmo que sobresalta a Théophile. No tengas miedo, chaval, te quiero. Abstraído en su ahorcado, acaba la partida. Dos letras más y él ha ganado y yo perdido. En una esquina del cuaderno acaba el dibujo de la horca, la cuerda y el ajusticiado.

Céleste, por su parte, realiza cabriolas en la duna. Ignoro si cabe ver en ello un fenómeno de compensación, pero en el tiempo transcurrido desde que para mí levantar un párpado entronca con la halterofilia, ella se ha convertido en una auténtica acróbata. Con los pies contra la pared, practica el pino, el puente, y encadena volteretas y saltos mortales con flexibilidad de gata. A la larga lista de oficios que tiene en perspectiva para su futuro ha añadido incluso el de funámbula, después de maestra de escuela, top model y florista. Tras haber conquistado con sus piruetas al público del Beach Club, nuestra

exhibicionista sobre hierba emprende una sesión de canto, para desespero de Théophile, que si hay algo que no soporta es que uno pretenda destacar. Tan cerrado y tímido como expansiva es su hermana, me odió cordialmente el día en que, en su escuela, solicité y obtuve el permiso para tocar la campana que señalaba la apertura del curso. Nadie puede decir si Théophile vivirá feliz, lo que está claro es que vivirá replegado en sí mismo.

Me pregunto cómo ha podido hacerse Céleste con semejante repertorio de canciones de los años sesenta. Johnny, Sylvie, Sheila, Clo-Clo,

Françoise Hardy, ni una estrella de aquella edad de oro brilla por su ausencia. Junto a los grandes éxitos que todos conocemos, los estándares imperecederos como ese tren de Richard Anthony que por espacio de treinta años nunca ha cesado verdaderamente de silbar en nuestros oídos, Céleste canta éxitos olvidados que en su estela arrastran nubes de recuerdos. Desde la época en que no me cansaba de poner ese «45 revoluciones» de Claude François en el Teppaz de mis doce años, sin duda no había vuelto a oír *Pauvre petite fille riche*. Sin embargo, en cuanto Céleste canturrea, bastante

desafinada cabe decir, los primeros compases de ese conocido tema, vuelven a mí con inesperada precisión cada nota, cada estrofa, cada detalle de los coros y de la orquestación, hasta el ruido de resaca que cubre la introducción. Veo de nuevo la funda del disco, la foto del cantante, su camisa a rayas con cuello abotonado, que se me antojaba un sueño inaccesible porque mi madre la encontraba vulgar. Recuerdo incluso aquel jueves por la tarde en que compré el disco a un primo de mi padre, un gigante bonachón que tenía una minúscula tienda en los sótanos de la Gare du Nord, con un sempiterno Gitane

de papel amarillo hincado en la comisura de su boca. «*Si seule sur cette plage, pauvre petite fille riche...*». El tiempo ha transcurrido y la gente empezó a desaparecer. Mamá murió la primera, luego Clo-Clo resultó electrocutado, y también la palmó el amable primo de mi padre, cuyos negocios habían periclitado un tanto, abandonando a una inconsolable tribu de niños y de animales. Mi ropero rebosa de camisas con cuello abotonado, y creo que la pequeña tienda de discos pasó a ser una bombonería. Como el tren para Berck sale de la Gare du Nord, algún día tal vez le pida a alguien que se acerque a

comprobarlo.

«¡Muy bien, Céleste!», exclama Sylvie. «Mamá, estoy harto», protesta de inmediato Théophile. Son las cinco. El carillón cuyo tono suele parecerme tan amigable adopta un aire de tañido fúnebre para anunciar el momento de la separación. El viento levanta un poco de arena. El mar se ha retirado tan lejos que los bañistas ya no son sino minúsculos puntos en el horizonte. Antes de coger la carretera, los niños corren a desentumecer las piernas en la playa y Sylvie y yo nos quedamos solos, en silencio, su mano apretando mis dedos inertes. Detrás de las gafas de sol, que

reflejan un cielo puro, llora suavemente por nuestras vidas hechas añicos.

Nos reencontramos en mi habitación para las últimas efusiones. «¿Qué tal va eso, colegui?», pregunta Théophile. El colegui tiene un nudo en la garganta, quemaduras de sol en las manos y el coxis hirviendo por haber estado demasiado rato en la silla, pero ha pasado un día maravilloso. Y vosotros, críos, ¿qué huella conservaréis de estas excursiones a mi infinita soledad? Ya se han ido. El coche debe de circular ya a gran velocidad hacia París. Me sumo en la contemplación de un dibujo que ha traído Céleste y que se han apresurado a

fijar en la pared. Una especie de pez de dos cabezas, con ojos bordeados de pestañas azules y cubierto de escamas multicolores. Con todo, el interés de ese dibujo no reside en tales detalles sino en su forma general, que reproduce de manera inquietante el símbolo matemático del infinito. El sol entra a raudales por la ventana. Es la hora en que sus rayos resplandecientes incidirán de lleno sobre la cabecera de mi cama. Con la emoción de la partida, he olvidado indicarles con una seña que corriesen la cortina. No dejará de venir algún enfermero antes del fin del mundo...

París

Me alejo. Lenta pero inexorablemente. Al igual que en una travesía el marino ve desaparecer la costa donde ha soltado amarras, siento como mi pasado se difumina. Mi antigua vida pervive aún en mí, pero se reduce cada vez más a las cenizas del recuerdo.

Desde que resido a bordo de mi escafandra, he realizado sin embargo dos viajes relámpago a París, siempre en el ámbito hospitalario, para recabar las opiniones de eminencias del mundo médico. La primera vez me embargó la emoción cuando la ambulancia pasó

casualmente por delante del edificio ultramoderno donde antaño ejercía mi culpable tarea de redactor jefe en un famoso semanario femenino. Primero reconocí el edificio contiguo, una antigüedad de los años sesenta cuya demolición anunciaba un cartel, y luego nuestra fachada, toda de espejo, donde se reflejaban las nubes y los aviones. En el pórtico había algunas de esas figuras familiares con las que uno se cruza todos los días durante diez años sin conseguir adjudicarles un nombre. Torcí la cabeza para ver si algún otro rostro conocido pasaba por allí, detrás de la señora con moño y del forzado con

guardapolvo gris. El destino no lo quiso así. Tal vez alguien vio pasar mi carroza desde las oficinas del quinto piso... Vertí algunas lágrimas ante el *bar tabac* donde a veces iba a tomar el plato del día. Puedo ceder al llanto con bastante discreción. Entonces dicen que me llora el ojo.

La segunda vez que fui a París, cuatro meses después, me había vuelto casi indiferente. La calle lucía sus galas de julio, pero por lo que a mí respecta seguíamos en invierno y se trataba de un decorado filmado que me proyectaban tras las ventanillas de la ambulancia. En el cine lo llaman una transparencia: el

coche del protagonista se abalanza por una carretera que en realidad discurre por una pared del estudio. Las películas de Hitchcock deben gran parte de su poesía al uso de ese procedimiento cuando todavía era imperfecto. En cuanto a mi travesía de París, no me hizo ni fu ni fa. Y eso que no faltaba nada. Las amas de casa con vestido floreado y los adolescentes sobre patines. El ronquido de los autobuses. Los reniegos de los mensajeros montados en sus motocicletas. La plaza de la Ópera salida de un cuadro de Dufy. Los árboles al asalto de las fachadas y un poco de algodón en el cielo azul. No

faltaba nada excepto yo. Yo estaba en otra parte.

El vegetal

«El 8 de junio hará seis meses que empezó mi nueva vida. Vuestras cartas se acumulan en el armario, vuestros dibujos en la pared, y como no puedo responder a todos, se me han ocurrido estos *samizdats* para relatar mis días, mis progresos y mis esperanzas. Primero quise creer que no había pasado nada. En el estado de semiinconsciencia que sigue al coma, me veía pronto de regreso en el torbellino de París, simplemente flanqueado por un par de bastones».

Tales eran las primeras palabras de

la carta que a finales de la primavera decidí enviar desde Berck a mis amigos y conocidos. Dirigida a unos sesenta destinatarios, esta misiva levantó cierto revuelo y reparó un tanto los perjuicios causados por los rumores. La ciudad, ese monstruo de cien bocas y mil oídos que no sabe nada pero lo cuenta todo, había decidido, en efecto, ajustarme las cuentas. En el café de Flore, uno de los campamentos base del esnobismo parisino desde donde se lanzan los chismes como palomas mensajeras, algunos íntimos habían oído a unos cotillas desconocidos mantener el siguiente diálogo con la glotonería del

buitre que descubre a una gacela despanzurrada. «¿Sabías que B. se ha convertido en un vegetal?», decía uno. «Por supuesto, estoy al corriente. Un vegetal, en efecto, un vegetal». La palabra «vegetal» debía de resultar agradable al paladar de esos augures, pues había reaparecido varias veces entre dos bocados de tostada con queso fundido. En cuanto al tono, se sobreentendía que sólo un necio podía ignorar que en lo sucesivo yo tendría más que ver con el comercio de verduras tempranas que con la compañía de los hombres. Estábamos en tiempos de paz. No se fusilaba a los portadores

de malas noticias. Si quería probar que mi potencial intelectual seguía siendo superior al de un salsifi, sólo podía contar conmigo mismo.

Así nació una correspondencia colectiva que prosigo mes tras mes y que me permite mantenerme en comunión con aquellos a quienes quiero. Mi pecado de orgullo produjo su fruto. Aparte de algunos irreductibles que guardan obstinado silencio, todo el mundo comprendió que podían reunirse conmigo en mi escafandra, aunque a veces ésta me arrastre a los confines de tierras inexploradas.

Recibo algunas cartas notables. Las

abren, las desdoblan y me las colocan ante los ojos según un ritual que se ha establecido con el tiempo y que confiere a la llegada del correo el carácter de una ceremonia silenciosa y sagrada. Leo cada carta yo mismo escrupulosamente. Algunas no carecen de gravedad. Me hablan del sentido de la vida, de la supremacía del alma, del misterio de toda existencia, y por un curioso fenómeno de inversión de las apariencias, son aquellos con quienes había establecido las relaciones más triviales los que más abordan estas cuestiones esenciales. Su ligereza enmascaraba un alma profunda. ¿Acaso

estaba ciego y sordo, o bien se requiere la luz de una desgracia para que un hombre se revele tal como es?

Otras cartas refieren en toda su simplicidad los pequeños hechos que subrayan el paso del tiempo. Son rosas cogidas a la hora del crepúsculo, la indolencia de un domingo lluvioso, un niño que llora antes de dormirse. Captados del natural, esos retazos de vida, esas bocanadas de felicidad me conmueven más que ninguna otra cosa. Ya se trate de ocho líneas o de ocho páginas, ya procedan del lejano Levante o de Levallois-Perret, guardo todas esas cartas como un tesoro. Un día me

gustaría pegarlas por los extremos para formar una tira de un kilómetro, que flotaría al viento como una oriflama a la gloria de la amistad.

Eso alejará a los buitres.

El paseo

Calor asfixiante. Pese a todo, me gustaría salir. Hace semanas, tal vez meses, que no franqueo el recinto del hospital para dar el paseo ritual por la explanada que bordea la orilla del mar. La última vez aún era invierno. Torbellinos helados levantaban nubes de arena, y los escasos curiosos caminaban de cara al viento, oblicuamente, arrebuados en gruesos abrigos. Hoy me apetece contemplar Berck con atuendo de verano, la playa que he conocido desierta y que me dicen que está repleta de la multitud indolente de julio. Para

llegar a la calle al salir del pabellón Sorrel hay que cruzar tres aparcamientos, cuyo pavimento rugoso y desigual somete las nalgas a una dura prueba. Había olvidado el recorrido a que se enfrenta el combatiente del garbeo, con tapas de alcantarilla, baches y coches aparcados sobre la acera.

Ahí está el mar. Sombrillas, tablas de *windsurf* y una barrera de bañistas completan la postal. Es un mar de vacaciones, dócil y buen chico. Nada que ver con el espacio infinito con reflejos de acero que se contempla desde las terrazas del hospital. Se trata, empero, de las mismas concavidades, el

mismo oleaje, el mismo horizonte brumoso.

Rodamos por la explanada en un ir y venir de cucuruchos de helado y de muslos carmesíes. Imagino muy bien lo que sería lamer una bola de vainilla sobre una joven epidermis enrojecida por el sol. Nadie me presta demasiada atención. En Berck la silla de ruedas resulta tan trivial como un Ferrari en Montecarlo, y por todas partes nos cruzamos con pobres diablos como yo, dislocados y que escupen con frecuencia. Esta tarde me acompañan Claude y Brice. Conozco a la una desde hace quince días y al otro desde hace

veinticinco años, y resulta curioso oír cómo mi viejo cómplice cuenta mi vida a la joven que viene todos los días a tomar este libro al dictado. Mi carácter irritable, mi pasión por los libros, mi gusto inmoderado por la buena mesa, mi descapotable rojo, todo sale a relucir. Se diría un narrador que exhuma las leyendas de un mundo tragado por las aguas. «No le veía yo así», dijo Claude. Al presente mi universo se halla dividido entre los que me conocían de antes y los demás. ¿Qué clase de persona pensarán que he podido ser? Ni siquiera tengo en mi habitación una foto que poder mostrarles.

Nos detenemos en lo alto de una amplia escalera que conduce al bar de la playa y a una bonita hilera de casetas de baño de colores pastel. La escalera me recuerda la gran entrada del metro Porte-d'Auteuil, que de muy pequeño cogía para volver de la piscina, con los ojos velados por el cloro. Molitor fue destruida hace algunos años. En cuanto a las escaleras, para mí ya no son más que callejones sin salida.

«¿Quieres que volvamos?», pregunta Brice. Protesto enérgicamente meneando la cabeza. Ni hablar de dar media vuelta antes de haber alcanzado el verdadero objetivo de esta expedición. Pasamos a

toda prisa por delante de un tiovivo de caballitos de madera al estilo antiguo, cuya musiquilla me tortura los oídos. Nos cruzamos con Fangio, una rareza del hospital, donde se le conoce por ese mote. Rígido como la justicia, a Fangio no le es posible sentarse. Condenado a permanecer de pie o acostado, se desplaza bocabajo sobre una carretilla que él mismo acciona con sorprendente rapidez. Pero ¿quién es en realidad ese negro corpulento con pinta de deportista que se abre camino voceando «¡Cuidado, que llega Fangio!»? No tengo ni idea. Al fin llegamos al punto extremo de nuestro periplo, al final de la

explanada. Si he querido recorrer todo este camino no es por descubrir un panorama inédito, sino para alimentarme con los efluvios que emanan de un modesto chiringuito que hay a la salida de la playa. Me instalan a favor del viento y noto cómo las ventanas de mi nariz se estremecen de placer al husmear un aroma vulgar, mareante y absolutamente insoportable para el común de los mortales. «¡Oh, Dios! — dice una voz a mi espalda—, apesta a grasa quemada».

En lo que a mí respecta, no me canso del olor de las patatas fritas.

Veinte contra uno

Ya lo tengo. He recordado el nombre del caballo. Se llamaba *Mithra-Grandchamp*.

En este momento Vincent debe de estar atravesando Abbeville. Si se viene en coche desde París, ahora es cuando el viaje empieza a resultar largo. A la autopista desierta y ultrarrápida sucede una carretera de un solo carril donde se amontona una fila ininterrumpida de coches y camiones.

En la época en que transcurre esta historia, hace más de diez años, Vincent, yo y algunos otros teníamos la inusitada

suerte de llevar las riendas de un periódico matutino hoy desaparecido. Industrial apasionado por la prensa, el propietario había tenido la postrera audacia de confiar su bebé al equipo más joven de París, cuando se tramaba ya el tenebroso complot político y bancario tendente a arrebatarle el título que creara cinco o seis años atrás. Sin que lo supiéramos, con nosotros echaba sus últimas cartas en la batalla, y nosotros nos comprometíamos en ello al mil por ciento.

Vincent pasa ahora por los cruces en que hay que dejar a la izquierda los desvíos a Rouen y el Crotoy y tomar el

estrecho camino que lleva a Berck a través de un rosario de pequeñas aglomeraciones. Esos carriles de giro obligatorio despistan a los que no están acostumbrados. Pero Vincent no pierde el norte, dado que ya ha venido a verme varias veces. Al sentido de la orientación añade, llevado al extremo, el de la fidelidad.

Así pues, estábamos permanentemente en el puente de mando. Temprano por la mañana, hasta última hora de la tarde, los fines de semana y a veces por la noche, realizando entre cinco la tarea de una docena con gozosa inconsciencia. Vincent tenía diez

grandes ideas por semana: tres excelentes, cinco buenas y dos catastróficas. Mi papel consistía, en parte, en obligarle a hacer una selección, luchando para ello contra su carácter impaciente, que hubiera querido llevar a la práctica en el acto todo cuanto le pasaba por la cabeza.

Desde aquí le oigo tabalear en el volante y echar pestes contra los de Obras Públicas. Dentro de dos años la autopista llegará a Berck, pero por el momento se trata de un tramo en obras que se recorre a marcha lenta, atrapado detrás de las caravanas.

De hecho, nunca nos separábamos.

Vivíamos, comíamos, bebíamos, dormíamos, amábamos y soñábamos sólo por el periódico y para el periódico. ¿A quién se le ocurrió la idea de aquella tarde en las carreras? Era un hermoso domingo de invierno, azul, frío y seco, y corrían en Vincennes. Ni uno ni otro éramos aficionados, pero el cronista hípico nos apreciaba lo bastante para encontrarse con nosotros en el restaurante del hipódromo y entregarnos el «ábrete, sésamo» que facilita el acceso al mundo misterioso de las carreras: un chivatazo. Al oírle se hubiera dicho que era coser y cantar, garantizado contra factura, y como

Mithra-Grandchamp salía con la cotización de veinte a uno, la cosa prometía un buen pellizco, mucho mejor que un empleo de padre de familia.

Ya llega Vincent a la entrada de Berck y, como todo el mundo, por un instante se pregunta angustiado qué coño ha venido a hacer aquí.

Tuvimos un divertido almuerzo en el amplio comedor que domina toda la pista y que acoge en grupos endomingados a gánsteres, chulos, extranjeros indeseables y otros chicos malos que gravitan por el universo del trote. Satisfechos y ahítos, chupábamos golosamente largos puros a la espera de

la cuarta carrera, en aquella cálida atmósfera donde los registros de antecedentes penales se esponjan como orquídeas.

Llegado a la vista del mar, Vincent se desvía y remonta la vasta explanada sin reconocer, tras la multitud de veraneantes, el escenario desértico y helado del Berck invernal.

En Vincennes la espera resultó tan grata que al final la carrera comenzó sin nosotros. La ventanilla de las apuestas se había cerrado ante nuestras narices sin que tuviera tiempo de sacarme del bolsillo el fajo de billetes que la redacción me había confiado. Pese a las

consignas de discreción, el nombre de *Mithra-Grandchamp* había corrido de boca en boca, y el rumor hizo del segundón desconocido un animal legendario por el que todo el mundo quiso apostar. Sólo restaba contemplar la carrera y esperar... A la entrada de la última vuelta, *Mithra-Grandchamp* empezó a destacarse. A la salida llevaba cinco largos de ventaja, y lo vimos cruzar la meta como en un sueño, dejando a su inmediato perseguidor casi cuarenta metros atrás. Un verdadero avión. En el periódico debían de estar exultantes ante el televisor.

El coche de Vincent se desliza por el

aparcamiento del hospital. Cae un sol de justicia. Ahí es donde los visitantes necesitan agallas para franquear, con un nudo en la garganta, los últimos metros que me separan del mundo: las puertas de cristal de abertura automática, el ascensor número 7 y el terrible pasillito que lleva a la habitación 119. Por las hojas entreabiertas sólo se ve a postrados y yacentes a quienes el destino ha arrojado a los confines de la vida. Ante semejante espectáculo a algunos les falta el aire. Primero deben perderse un poco para llegar hasta mí con la voz más firme y los ojos menos velados. Cuando se lanzan por fin,

parecen submarinistas con apnea. Me consta incluso que allí, ante el umbral de mi puerta, les han abandonado las fuerzas: han vuelto sobre sus pasos hasta París.

Vincent llama y entra en absoluto silencio. Me he acostumbrado tanto a las miradas de los demás que apenas reparo en los destellos de espanto que refulgen en ellas. O cuando menos, ya no me estremecen tanto. Con mis rasgos atrofiados por la parálisis, intento componer lo que desearía fuese una sonrisa de bienvenida. A esa mueca Vincent responde con un beso en la frente. Él nunca cambia. Su corona de

cabellos rojizos, su expresión ceñuda, su silueta rechoncha que baila sobre uno y otro pie le confieren el aspecto de un sindicalista galés que ha venido a ver a un compañero víctima de una explosión de grisú. Con la guardia medio baja, Vincent avanza como un boxeador de peso medio. El día de *Mithra-Grandchamp*, tras la funesta llegada, se había limitado a soltar: «Gilipollas. Somos unos auténticos gilipollas. En el periódico nos van a pasar por la piedra». Era su expresión favorita.

Para ser franco, me había olvidado de *Mithra-Grandchamp*. El recuerdo de esa historia acaba de volverme a la

memoria, dejando en ella una huella doblemente dolorosa. La nostalgia de un pasado que no ha de volver y sobre todo los remordimientos por las ocasiones perdidas. *Mithra-Grandchamp* son las mujeres que no has sabido amar, las oportunidades que no has querido aprovechar, los momentos de felicidad que has dejado escapar. Hoy tengo la sensación de que toda mi existencia no ha sido sino una sucesión de pequeños fracasos. Una carrera cuyo resultado se conoce pero en la que se es incapaz de apostar por el ganador. A propósito, salimos del apuro reembolsando todas las apuestas.

La caza de patos

Además de los diversos sinsabores inherentes al *locked-in syndrom*, sufro un serio desajuste de mis sujetacolillas. En el lado derecho tengo la vieira completamente llena de arena, y en el izquierdo mi trompa de Eustaquio amplifica y deforma los sonidos procedentes de más allá de dos metros y medio. Cuando un avión sobrevuela la playa arrastrando el cartel publicitario del parque de atracciones regional, no me costaría nada creer que me han injertado un molinillo de café en el tímpano. Pero eso no es sino una

barahúnda pasajera. Mucho más urticante resulta el guirigay permanente que se cuele desde el pasillo si, pese a mis esfuerzos por sensibilizar a todos respecto al problema de mis soplillos, no han cerrado mi puerta. Los tacones matraquean sobre el linóleo, las camillas entrechocan, las conversaciones se solapan, los miembros del personal se interpelan con voz de empleado bursátil en día de liquidación, ponen radios que nadie escucha y, para colmo, una enceradora eléctrica ofrece una degustación sonora del infierno. También están los pacientes terribles. Conozco algunos

cuyo único placer consiste en escuchar una y otra vez la misma casete. Tuve un vecinito muy joven al que le habían regalado un pato de peluche provisto de un sofisticado sistema de detección. Emitía una musiquilla agridulce y obsesiva cada vez que entraban en la habitación, es decir, ochenta veces al día. Afortunadamente, el pequeño paciente volvió a su casa antes de que yo empezase a poner en práctica mi plan para exterminar al pato. Sigo teniéndolo a punto, nunca se sabe qué nuevo cataclismo son capaces de provocar las familias afligidas. La palma del vecindario extravagante se la lleva, no

obstante, una enferma que había perdido la chaveta debido al coma. Mordía a las enfermeras, agarraba a los auxiliares por la parte viril de su anatomía y no podía pedir un vaso de agua sin gritar «¡Fuego!». Al principio esas falsas alarmas desencadenaban verdaderos zafarranchos de combate, pero finalmente optaron por dejarla berrear cuanto quisiera a cualquier hora del día o de la noche. Tales sesiones daban al servicio de neurología un toque «nido del cuco» bastante excitante, y cuando enviaron a nuestra amiga a aullar sus «¡Socorro, que me asesinan!» a otra parte, sentí cierta nostalgia.

Lejos de esos desbarajustes, en el silencio reconquistado puedo escuchar a las mariposas que revolotean por mi cabeza. Se requiere mucha atención e incluso algo de recogimiento, pues el batir de sus alas es casi imperceptible. Una respiración un tanto fuerte basta para cubrirlo. Por lo demás, resulta asombroso. Mi audición no mejora y sin embargo las oigo cada vez mejor. Debo de tener oído de mariposa.

Domingo

Por la ventana veo cómo las fachadas de ladrillo ocre se iluminan bajo los primeros rayos del sol. La piedra adopta exactamente el tinte rosado de la gramática griega de M. Rat, recuerdo de cuarto curso. No fui, ni mucho menos, un brillante helenista, pero me gusta ese matiz cálido e intenso que todavía me abre un universo erudito donde uno se codea con el perro de Alcibíades y los héroes de las Termopilas. Los drogueros lo denominan «rosa viejo». Nada que ver con el rosa esparadrapo de los pasillos del hospital. Y mucho menos

con el malva que recubre los zócalos y los vanos de mi habitación. Parece el envoltorio de un perfume barato.

Es domingo. Aterrador domingo en que, si por desgracia ningún visitante ha anunciado su llegada, ningún acontecimiento del tipo que sea vendrá a alterar el lánguido transcurrir de las horas. Ni fisioterapeuta, ni ortofonista, ni psicóloga. Una travesía del desierto con un breve aseo, más por encima incluso de lo habitual, como único oasis. En esos días, el efecto retardado de las libaciones del sábado por la noche, sumado a la nostalgia de los picnics familiares, el tiro al plato o la pesca de

camarones de que les priva su turno de guardia, sume al personal sanitario en un embotamiento mecánico, y la sesión de lavado tiene más de desolladura que de talasoterapia. Una triple dosis de la mejor colonia no basta para enmascarar la realidad: apestas.

Es domingo. En el caso de que pidas que te pongan la tele, no debes errar el tiro. Se requiere una elevada estrategia. En efecto, cabe la posibilidad de que transcurran tres o cuatro horas antes de que regrese el alma caritativa que pueda cambiar de cadena, y a veces más vale renunciar a una emisión interesante cuando va seguida de un culebrón, un

concurso insípido y un debate vocinglero. Los continuos aplausos me destrozan los oídos. Prefiero la placidez de los documentales sobre arte, historia o animales. Los miro prescindiendo de los comentarios, como se contempla una hoguera.

Es domingo. La campana da las horas con gravedad. En la pared, el calendario de la seguridad social que deshojan día tras día indica ya agosto. ¿Por obra de qué paradoja el tiempo, que aquí permanece inmóvil, lleva en el exterior una carrera desenfrenada? En mi universo encogido, las horas se estiran y los meses pasan a la velocidad

del rayo. No puedo creer que estemos en agosto. Amigos, esposas, niños se han dispersado al viento de las vacaciones. Con la mente me dejo caer por los campamentos donde han instalado sus cuarteles de verano, y tanto peor si esa gira me desgarrar un poco el corazón. En Bretaña un tropel de chiquillos regresa del mercado en bici. La risa ilumina todos los rostros. Algunos de esos niños han alcanzado hace tiempo la edad de las grandes preocupaciones, pero en los caminos bordeados de rododendros todos pueden recuperar la inocencia perdida. Esta tarde irán a contornear la isla en bote. El pequeño motor luchará

contra las corrientes. Alguien se tenderá en la proa de la barca con los ojos cerrados y dejará arrastrar el brazo a la deriva por el agua fría. En el Midi hay que refugiarse en lo más recóndito de las casas aplastadas por el sol. Los cuadernos de dibujo se llenan de acuarelas. Un gatito con la pata herida busca los rincones sombreados del jardín del cura, y más lejos, en la Camarga, una nube de becerros cruza una marisma de la que emana el aroma del primer pastís. Por doquier se aceleran los preparativos para la gran cita doméstica que de antemano provoca bostezos de lasitud en todas las mamás,

pero que a mis ojos toma el cariz de un rito fantástico y olvidado: el almuerzo.

Es domingo. Escruto los volúmenes que se apilan en el alféizar de la ventana y componen una pequeña biblioteca bastante inútil puesto que hoy nadie vendrá a leer para mí. Séneca, Zola, Chateaubriand, Valéry Larbaud están ahí, a un metro, cruelmente inaccesibles. Una mosca muy negra se posa en mi nariz. Muevo la cabeza para desalojarla. Se pega como una lapa. Los combates de lucha grecorromana que vimos en los Juegos Olímpicos no eran tan feroces. Es domingo.

Las señoritas de Hong Kong

Adoraba viajar. Por suerte, pude almacenar a lo largo de los años suficientes imágenes, efluvios y sensaciones para poder largarme los días en que por aquí un cielo color pizarra impide toda perspectiva de salida. Se trata de andanzas extrañas. El olor a rancio de un bar neoyorquino. El perfume de miseria del mercado de Rangún. Retazos del mundo. La noche blanca y helada de San Petersburgo y la increíble incandescencia del sol en

Furnace Greek, en el desierto de Nevada. Esta semana me toca algo especial. Todas las mañanas, al alba, emprendo el vuelo hacia Hong Kong, donde tiene lugar el seminario de las ediciones internacionales de mi revista. Sigo diciendo «mi revista», pese al carácter ahora ya abusivo de semejante formulación, como si ese posesivo constituyera uno de los tenues hilos que me unen al mundo en movimiento.

En Hong Kong tengo cierta dificultad para encontrar mi camino, pues, al contrario de muchos otros, nunca he visitado esa ciudad. Todas las veces una fatalidad maliciosa me mantuvo

apartado de tal destino. Cuando no caía enfermo la víspera de la partida, extraviaba el pasaporte o un reportaje me reclamaba bajo otros cielos. El azar, en suma, me negaba la estancia. En una ocasión le cedí el sitio a Jean-Paul K., que aún no había pasado varios años en una cárcel de Beirut recitándose la clasificación de los grandes vinos de Burdeos a fin de no volverse loco. Sus ojos reían tras las gafas redondas cuando me trajo un teléfono inalámbrico, que por entonces era el colmo del último grito. Me caía muy bien Jean-Paul, pero nunca volví a ver al rehén de Hezbollah, sin duda avergonzado de haber elegido

hacer de comparsa en un universo de perifollos. Ahora soy yo el prisionero y él el hombre libre. Y como no conozco a todos los viticultores del Médoc, he tenido que buscarme otra letanía para poblar las horas muertas. Cuento los países donde se publica mi revista. Ya hay veintiocho naciones en esta ONU de la seducción.

A propósito, ¿dónde estáis vosotras, mis queridas colegas, inagotables embajadoras de nuestro toque francés? Todo el día en el salón de un hotel, habéis trabajado en chino, en inglés, en tailandés, en portugués, en checo, para tratar de responder al más metafísico de

los interrogantes: ¿quién es la mujer *Elle*? Os imagino ahora dispersadas por Hong Kong, a través de las calles chorreantes de neón, donde se venden ordenadores de bolsillo y boles de sopa de fideos, trotando tras las huellas de la sempiterna pajarita de nuestro presidente-director general, que lleva a todo el mundo a marchas forzadas. Mitad Spirou, mitad Bonaparte, sólo se detiene ante los más elevados rascacielos, mirándolos de arriba abajo con aire tan arrogante que se diría que los va a engullir.

¿Adónde vamos, mi general?
¿Saltamos a bordo del *hydrofoil* que

lleva a Macao para ir a quemar algunos dólares al infierno, o bien subimos al bar Félix del hotel Peninsula, decorado por el diseñador francés Philippe S.? Un arrebatado de narcisismo me lleva a optar por la segunda propuesta. Yo, que detesto salir en las fotos, tengo mi efigie en ese cafetín aéreo y lujoso, reproducida en el respaldo de una silla entre decenas de otras figuras parisinas cuyo retrato encargó Philippe S. Evidentemente, la operación tuvo lugar unas semanas antes de que el destino me transformase en un espantapájaros. Ignoro si mi silla tiene más o menos éxito que las otras, pero no se os ocurra

contarle la verdad al barman. Esa gente es muy supersticiosa, y ninguna de esas encantadoras chinitas con minifalda querría volver a sentarse encima de mí.

El mensaje

Si bien este rincón del hospital tiene un falso aire de colegio anglosajón, los habituales de la cafetería no salen precisamente del club de los poetas muertos. Las chicas tienen la mirada dura, los chicos llevan tatuajes y a veces anillos en los dedos. Se reúnen en sus sillas de ruedas para hablar de peleas y de motos encendiendo un cigarrillo tras otro. Todos parecen llevar una cruz sobre sus hombros ya encorvados, arrastrar un destino de galeras en el que el paso por Berck no constituye sino una peripecia más entre una infancia de

perro apaleado y un porvenir de excluido profesional. Cuando me doy una vuelta por su antro lleno de humo, se hace un silencio de sacristía, pero no leo en sus ojos ni piedad ni compasión.

Por la ventana abierta se oye palpar el corazón de bronce del hospital, la campana que hace vibrar el aire cuatro veces cada hora. Sobre una mesa atestada de vasos vacíos yace una pequeña máquina de escribir con un folio rosa colocado de través. Si bien por el momento la hoja permanece virgen, estoy seguro de que un día u otro habrá un mensaje dirigido a mí. Aguardo.

En el museo Grévin

Esta noche he visitado en sueños el museo Grévin. Había cambiado mucho. Conservaba la entrada de estilo Belle Époque, los espejos deformantes y el gabinete fantástico, pero habían suprimido las galerías de personajes actuales. En la primera sala me costó reconocer las efigies expuestas. Como el sastre las había vestido con ropa de calle, tuve que examinarlas una por una y ponerles mentalmente una bata blanca antes de comprender que aquellos paseantes con camiseta, aquellas chicas con minifalda, aquella ama de casa

convertida en estatua con su carrito del supermercado, aquel joven con casco de moto eran, de hecho, los enfermeros y auxiliares de ambos sexos que se suceden a la cabecera de mi cama de la mañana a la noche. Estaban todos allí, plasmados en la cera, los amables, los brutales, los sensibles, los indiferentes, los activos, los perezosos, aquellos con quienes hay buen rollo y aquellos otros entre cuyas manos no soy sino un enfermo más.

Al principio algunos me inspiraban terror. Sólo veía en ellos a los cancerberos de mi prisión, los cómplices de un abominable complot.

Después odié a otros cuando me torcieron un brazo al sentarme en la silla, me olvidaron toda una noche ante la tele, me abandonaron en una postura dolorosa pese a mis señas de negación. Durante unos minutos o unas horas, los habría matado. Y luego, como el tiempo aplaca las más frías cóleras, se convirtieron en seres familiares que cumplen mejor o peor su delicada misión: levantar un poco nuestras cruces cuando nos torturan demasiado los hombros.

Les he puesto apodos que sólo yo conozco para poder interpelarlos, si entran en mi habitación, con mi

atronadora voz interior: «¡Hola, ojos azules! ¡Qué tal, gran Duduche!». Evidentemente, ellos no saben nada. El que baila en torno a mi cama y adopta poses de rockero para preguntar «¿Cómo va eso?» es David Bowie. Profe me hace reír con su cara infantil de cabello gris y la seriedad que afecta para asestar siempre la misma frase: «Con tal que no pase nada...». Rambo y Terminator no son, como cabe suponer, modelos de ternura. Prefiero a Termómetro, cuya devoción resultaría ejemplar si no olvidase sistemáticamente ese utensilio en los repliegues de mis axilas.

El escultor en cera de Grévin había tenido un éxito desigual a la hora de captar las mejillas coloradotas y las caritas de esas gentes del norte instaladas desde generaciones atrás entre los vientos de la costa de Ópalo y las fértiles tierras de Picardía, siempre dispuestos a hablar chtimi^[6] en cuanto se reúnen. Algunos apenas se parecían. Habría hecho falta el talento de esos miniaturistas de la Edad Media cuyos pinceles hacían revivir como por arte de magia a las multitudes que recorrían el camino de Flandes. Nuestro artista no posee ese don. Con todo, ha sabido captar con ingenuidad el encanto juvenil

de las alumnas de enfermería, sus rollizos brazos de hijas del terruño y el matiz carmín que tiñe sus llenas mejillas. Al salir de la sala me dije que de hecho sentía afecto por todos mis verdugos.

En la sala siguiente tuve la sorpresa de descubrir mi habitación del Hospital Marítimo, al parecer una reproducción idéntica. En realidad, cuando te acercabas, las fotos, dibujos y carteles se convertían en un mosaico de colores imprecisos, un decorado destinado a crear la ilusión a cierta distancia, como los detalles de una tela impresionista. En la cama no había nadie, sólo un

hueco entre las sábanas amarillas, aureolado por una luz mortecina. Allí no me costó nada identificar a las personas dispersas por los dos pasillitos que flanqueaban aquel lecho abandonado. Se trataba de algunos miembros de la guardia continua que había hecho eclosión espontáneamente a mi alrededor al día siguiente de la catástrofe.

Sentado en un taburete, Michel llenaba concienzudamente el cuaderno donde mis visitantes consignan todas mis palabras. Anne-Marie arreglaba un ramo de cuarenta rosas. Bernard tenía abierto el *Journal d'un attaché*

d'ambassade de Paul Morand en una mano, y con la otra hacía un ademán de abogado. Caladas en la punta de su nariz, las gafas de montura metálica remataban su aspecto de tribuno profesional. Florence, cuyos cabellos negros enmarcaban una sonrisa melancólica, clavaba dibujos infantiles en un panel de corcho, y Patrick, apoyado en la pared, parecía absorto en sus pensamientos. De ese cuadro que casi se hubiera podido decir que estaba vivo, emanaba una gran dulzura, una tristeza compartida y un concentrado de esa afectuosa gravedad que percibo cada vez que viene a verme uno de mis

amigos.

Quería proseguir mi periplo para ver si el museo me reservaba otras sorpresas, pero en un pasillo oscuro un guarda me plantó su antorcha delante de la cara. Tuve que guiñar los ojos. Al despertar, una auténtica enfermerita de brazos redondos se inclinaba sobre mí, linterna en mano: «¿Quiere tomar ya la pastilla para dormir o se la doy dentro de una hora?».

El fanfarrón

En los bancos del liceo parisino donde desgasté mis primeros vaqueros, me codeé con un chico alto y coloradote llamado Olivier al que una mitomanía galopante hacía de trato agradable. Con él no valía la pena ir al cine. Siempre disponías de la mejor butaca, y la película no carecía de medios. El lunes nos pillaba en frío con los relatos de fines de semana dignos de *Las mil y una noches*. Si no había pasado el domingo con Johnny Halliday, había ido a Londres para ver el nuevo James Bond, a menos que le hubieran prestado la

nueva Honda. Las motos japonesas empezaban a llegar a Francia y enardecían los patios de recreo. De la mañana a la tarde nuestro amigo nos acunaba con pequeñas mentirijillas y grandes baladronadas, sin temor a inventar de continuo nuevas historias aunque se contradijesen con las precedentes. Huérfano a las diez, hijo único a la hora del almuerzo, podía descolgarse con cuatro hermanas por la tarde, entre ellas una campeona de patinaje artístico. En cuanto a su padre, en realidad un amable funcionario, se convertía según los días en inventor de la bomba atómica, el mánager de los

Beatles o el hijo secreto del general De Gaulle. Puesto que el propio Olivier había renunciado a poner orden en sus fantasías, no íbamos a ser nosotros quienes le reprochásemos su incoherencia. Cuando nos servía una invención realmente demasiado indigesta, no dejábamos de hacer constar nuestras reservas, pero él protestaba de buena fe con un «¡Te lo juro!» tan indignado que claudicábamos de inmediato.

Según el último censo, Olivier no es piloto de caza, ni agente secreto, ni consejero de un emir tal como él había proyectado. Ejerce, y la cosa tiene su

lógica, en el mundo de la publicidad su inagotable talento para dorar la píldora.

Lamento un poco haberlo mirado por encima del hombro, pues ahora envidio a Olivier y su dominio del arte de contar historias. No tengo la certeza de poder adquirir jamás semejante facilidad, incluso aunque yo también empiece a crearme gloriosos destinos sustitutorios. En mis ratos libres soy corredor de Fórmula 1. Sin duda me habréis visto en algún circuito, en Monza o en Silverstone. El misterioso coche blanco sin marca ni número soy yo. Tendido en mi cama, quiero decir, en mi cabina, encadeno las curvas a toda velocidad, y

mi cabeza, lastrada por el casco, se inclina dolorosamente por efecto de la gravedad. Juego también a los soldaditos en una serie televisada sobre las grandes batallas de la historia. He representado Alésia, Poitiers, Marignan, Austerlitz y el Chemin de Dames. Como resulté herido en el desembarco de Normandía, aún no sé si saltaré en paracaídas en Diên Biên Phù. Entre las manos de la fisioterapeuta soy un segundón del Tour de Francia la noche de una etapa de antología. Apacigua mis músculos destrozados por el esfuerzo. Me he escapado en el Tourmalet. Sigo oyendo el clamor de la multitud en la

carretera de la cima, y en el descenso, el silbido del aire en los radios. He sacado un cuarto de hora a todos los líderes del pelotón. «¡Te lo juro!».

A day in the life

Casi hemos llegado al final del camino, y sólo me resta evocar aquel viernes 8 de diciembre de 1995 de funesta memoria. Desde el principio tengo ganas de contar mis últimos momentos de terrícola en perfecto estado de funcionamiento, pero lo he diferido tanto que ahora el vértigo se adueña de mí en el instante de efectuar ese salto al vacío hacia mi pasado. Ya no sé por qué extremo coger aquellas horas pesadas y vanas, inasibles como las gotas de mercurio de un termómetro partido en dos. Las palabras me eluden. Cómo

hablar del cuerpo flexible y tibio de muchacha alta y morena junto al que te despiertas por última vez sin prestarle atención, casi refunfuñando. Todo era gris, pastoso y resignado: el cielo, la gente, la ciudad agobiada por varios días de huelga de los transportes públicos. A imagen y semejanza de millones de parisinos, Florence y yo iniciamos como zombis, con la mirada vacía y el rostro cansado, ese nuevo día de descenso a un burdel inextricable. Realicé maquinalmente todos los sencillos gestos que ahora me parecen milagrosos: afeitarse, vestirse, tomar un tazón de chocolate. Había fijado aquella

fecha desde hacía semanas para probar el nuevo modelo de una firma automovilística alemana, cuyo importador ponía a mi disposición un coche con chófer para todo el día. A la hora prevista, un joven elegante espera ante la puerta del edificio, apoyado en un BMW gris metalizado. Observo por la ventana la gran berlina, tan maciza, tan lujosa. Me pregunto qué pinta voy a tener con mi vieja cazadora vaquera en esa carroza de alto ejecutivo. Apoyo la frente en el cristal para sentir su frescor. Florence me acaricia la nuca con dulzura. Los adioses son furtivos, nuestros labios se rozan apenas. Ya

estoy trotando por la escalera, cuyos peldaños huelen a encáustico. Será el postrer olor de los viejos tiempos.

I read the news today, oh boy...

Entre dos informaciones de tráfico apocalípticas, en la radio ponen una canción de los Beatles, *A day in the life*. Iba a decir una «vieja» canción de los Beatles, puro pleonasma, ya que su última grabación se remonta a 1970. El BMW se desliza a través del Bois de Boulogne como una alfombra mágica, un capullo de suavidad y voluptuosidad. Mi chófer es simpático. Le expongo mis planes para la tarde: ir a buscar a mi hijo a casa de su madre, a cuarenta

kilómetros de París, y traerle a la ciudad a última hora de la tarde.

He did not notice that the lights had changed...

Desde que abandoné el domicilio familiar, en el mes de julio, Théophile y yo no hemos tenido un verdadero cara a cara, una charla entre hombres. Quiero llevarle al teatro, a ver el nuevo espectáculo de Arias, y luego a tomar unas ostras a una *brasserie* de la plaza Clichy. Está decidido, pasaremos el fin de semana juntos. Sólo confío en que la huelga no trastoque nuestros planes.

I'd like to turn you on...

Me gusta el arreglo de ese

fragmento, cuando toda la orquesta sube en crescendo hasta la explosión de la nota final. Parece un piano cayendo del piso sesenta. Ya estamos en Levallois. El BMW se detiene delante de la redacción. Digo al chófer que pase a recogerme a las tres de la tarde.

En mi despacho sólo hay un mensaje, pero ¡menudo mensaje! Debo telefonar con suma urgencia a Simone V., ex ministra de Sanidad, ex mujer más popular de Francia e inquilina vitalicia del último peldaño del Panteón imaginario de la revista. Como ese tipo de llamada nunca es fruto del azar, antes de nada indago qué podemos haber

dicho o hecho para provocar la reacción de ese personaje casi divino. «Creo que no está muy contenta con su foto aparecida en el último número», eufemiza mi ayudante. Consulto dicho número y me topo con la foto incriminada, un montaje que, más que hacerle justicia, ridiculiza a nuestro ídolo. Es uno de los misterios de nuestra profesión. Trabajas semanas con un tema, pasa y vuelve a pasar entre las manos más expertas y nadie ve la pifia que sin embargo cualquier aprendiz de periodista detectaría tras quince días en la redacción. Aguanto un verdadero chaparrón telefónico. Como está

convencida de que desde hace años el semanario trama un complot contra ella, me cuesta sobremanera persuadirla de que, por el contrario, goza en él de un verdadero culto. Por lo común, esas componendas le corresponden a Anne-Marie, la directora de redacción, que tiene con todas las celebridades una paciencia de encajera, mientras que en lo tocante a diplomacia, yo estoy más cerca del capitán Haddock que de Henry Kissinger. Cuando colgamos, al cabo de tres cuartos de hora, tengo la impresión de estar más pisoteado que una alfombra.

Aunque sea de buen tono

encontrarlos «un poco plastas», las señoras y caballeros redactores jefes de grupo no se perderían por nada del mundo uno de los almuerzos que Jerónimo, también llamado «Luis XI» y «el ayatolá» por sus fans, organiza para «hacer balance». Es allí, en el último piso, en el más amplio de los comedores reservados a la alta dirección, donde el gran jefe destila en pequeñas dosis las señales que permiten calcular la cota que alcanza el amor de sus súbditos. Entre el homenaje respaldado por una voz de terciopelo y la réplica seca como un zarpazo, posee todo un repertorio de mímicas, muecas y rascar de barba que

hemos aprendido a descifrar a lo largo de los años. De esta última comida apenas me acuerdo, salvo que bebí agua a guisa de última copa del condenado. Creo que había buey en el menú. Tal vez contrajéramos la enfermedad de las vacas locas, de la que por entonces aún no se hablaba. Como se incubaba a lo largo de quince años, eso nos deja tiempo para verlas venir. La única muerte anunciada era la de Mitterrand, cuya crónica tenía a París sin aliento. ¿Moriría durante el fin de semana? De hecho, le quedaba todo un mes de vida. La verdadera lata de esos almuerzos es que son interminables. Cuando me reúno

de nuevo con mi chófer, la noche cae ya sobre las fachadas de cristal. A fin de ganar tiempo, he pasado por mi despacho como un ladrón, sin despedirme de nadie. De todos modos, son más de las cuatro.

—Vamos a quedar atrapados en el atasco.

—Lo siento mucho.

—Lo digo por usted...

Por un momento, tengo ganas de enviarlo todo a paseo: anular el teatro, aplazar la visita de Théophile, ir a refugiarme bajo mi edredón con un tarro de queso fresco y unos crucigramas. Decido resistirme a esa sensación de

abatimiento que me atenaza la garganta.

—Bastará con no coger la autopista.

—Como quiera...

Pese a toda su potencia, el BMW se queda varado en el atasco del puente de Suresnes. Bordeamos el hipódromo de Saint-Cloud, luego el Hospital Raymond-Poincaré, en Garches. No puedo pasar por allí sin que acuda a mi memoria un recuerdo de infancia bastante siniestro. Siendo estudiante en el liceo de Condorcet, un profesor de gimnasia nos llevaba al estadio de la Marche, en Vaucresson, para unas sesiones al aire libre que yo aborrecía más que ninguna otra cosa. Un día, el

autocar que nos transportaba golpeó de lleno a un hombre que salía corriendo del hospital. Se produjo un extraño ruido, un gran frenazo, y el tipo murió en el acto, dejando un reguero de sangre en el parabrisas del autocar. Era una tarde de invierno como ésta. Para cuando acabaron con el atestado, la tarde había caído. Fue otro chófer el que nos devolvió a París. Al fondo del autocar, cantábamos *Penny Lane* con voces temblorosas. Otra vez los Beatles. ¿De qué canciones se acordará Théophile cuando tenga cuarenta y cuatro años?

Tras hora y media de carretera llegamos a nuestro destino, la casa

donde viví durante diez años. Cae la niebla sobre el amplio jardín que en tiempos más felices resonaba con tantos gritos y risas locas. Théophile nos espera en la entrada, sentado sobre su mochila, preparado para el fin de semana. Me gustaría telefonar para oír la voz de Florence, mi nueva compañera, pero debe de haber ido a casa de sus padres para las plegarias del viernes por la noche. Trataré de reunirme con ella después del teatro. Sólo he asistido una vez a ese ritual en una familia judía. Fue aquí, en Montainville, en casa del anciano médico tunecino que ayudó a traer a mis

hijos al mundo. A partir de ese momento, todo se vuelve incoherente. Se me nubla la vista y mis ideas se embrollan. Pese a todo me pongo al volante del BMW, concentrándome en las luces anaranjadas del salpicadero. Conduzco despacio, y en el haz de los faros apenas reconozco las curvas que sin embargo he cogido miles de veces. El sudor perla mi frente, y cuando nos cruzamos con un coche, lo veo doble. En el primer cruce, me detengo en el arcén. Salgo vacilante del BMW. Apenas me mantengo en pie. Me desplomo en el asiento trasero. Sólo tengo una idea fija: volver a subir al pueblo, donde vive

también mi cuñada Diane, que es enfermera. Semiinconsciente, en cuanto llegamos ante su casa le pido a Théophile que corra a buscarla. Segundos después, allí está Diane. Me examina en menos de un minuto y pronuncia su veredicto: «Hay que llevarle a la clínica. Lo más rápido posible». Son quince kilómetros. Esta vez el chófer arranca a toda velocidad, estilo carrera de bólidos. Me siento muy, muy raro, como si me hubiera tomado una pastilla de LSD, y me digo que esas fantasías ya no corresponden a mi edad. Ni por un instante me asalta la idea de que tal vez me esté muriendo.

Por la carretera de Mantés, el BMW ronronea en la escala de los agudos, y adelantamos a toda una fila abriéndonos paso con sonoros toques de claxon. Querría decir algo del tipo: «Tranquilos, se me pasará. No vale la pena exponernos a un accidente», pero ningún sonido sale de mi boca, y mi cabeza, ahora incontrolable, se mece de un lado a otro. Los Beatles me vuelven a la memoria con la canción de esta mañana. *And as the news were rather sad, I saw the photograph.* Llegamos enseguida a la clínica. La gente corre en todas direcciones. Me trasladan con los brazos inertes a una silla de ruedas. Las

portezuelas del BMW se cierran con un suave chasquido. Alguien me dijo un día que los buenos coches se reconocen por la calidad de ese chasquido. Me deslumbra el neón de los pasillos. En el ascensor, unos desconocidos me prodigan expresiones de aliento, y los Beatles atacan el final de *A day in the life*. El piano que cae del piso sesenta. Antes de que se estrelle, tengo tiempo para un último pensamiento: hay que anular las reservas del teatro. De todos modos, habríamos llegado tarde. Iremos mañana por la noche. A propósito, ¿dónde se ha metido Théophile? Y caigo en coma.

El regreso

El verano toca a su fin. Las noches refrescan y empiezo a arrebujarme bajo las gruesas mantas azules estampadas con la leyenda: «Hospitales de París». Cada día aporta su lote de rostros conocidos tras el paréntesis de las vacaciones: la encargada de la ropa blanca, el dentista, el repartidor del correo, una enfermera que ha sido abuela de un pequeño Thomas y el hombre que en junio se rompió el dedo con la barra de protección de una cama. Uno recupera sus señas de identidad, sus hábitos, y esta primera reanudación de

la actividad del hospital me confirma en una certeza: no cabe la menor duda de que he empezado una nueva vida, y es ahí, entre esa cama, esa silla de ruedas, esos pasillos, donde transcurre, y en ninguna otra parte.

Consigo mascullar la cancioncilla del canguro, himno oficial de mis progresos en ortofonía:

*El canguro saltó el
muro,
el muro del zoo,
Dios, cuán alto era,
Dios, qué hermoso
era.*

De la reincorporación de los demás sólo me llegan ecos sordos. Reanudación de la actividad literaria, reapertura de las clases, vuelta a la escena parisina; pronto sabré algo más, cuando los viajeros tomen de nuevo el camino de Berck con toda una panoplia de estupendas noticias en sus alforjas. Parece que Théophile anda por ahí con zapatillas de deporte cuyos talones emiten una luz intermitente cuando chocan contra el suelo. Se le puede seguir en la oscuridad. Mientras espero, saboreo la última semana de agosto con el corazón casi ligero, pues, por primera vez en mucho tiempo, no tengo esa

horrible sensación de cuenta atrás que, iniciada al comienzo de las vacaciones, nos fastidia de manera inexorable la mayor parte.

Acodada en la mesita de fórmica provista de ruedas que le sirve de escritorio, Claude relee estos textos, que extraemos con paciencia del vacío todas las tardes desde hace dos meses. Me encanta recuperar determinadas páginas. Otras nos decepcionan. ¿Con todo esto se obtiene un libro? Mientras la escucho, observo sus mechones morenos, sus mejillas, tan pálidas, que el sol y el viento apenas han sonrosado, las largas venas azules engastadas en sus

manos y la escenografía que se convertirá en la imagen recuerdo de un verano estuudio. El gran cuaderno azul cuyas páginas llena por el anverso con su letra picuda y meticulosa, el estuche de colegiala lleno de bolígrafos de recambio, la pila de pañuelos de papel dispuestos para las peores expectoraciones y el bolso de rafia roja del que de vez en cuando saca monedas para ir a buscar un café. Por la cremallera entreabierta del bolsillito vislumbro la llave de un cuarto de hotel, un billete de metro y un billete de cien francos doblado en cuatro, como objetos traídos por una sonda espacial enviada a

la Tierra a fin de estudiar los tipos de hábitat, de transporte y de intercambios comerciales que rigen entre los terrícolas. Ese espectáculo me deja desamparado y pensativo. ¿Existen en el cosmos llaves que puedan abrir mi escafandra? ¿Una línea de metro sin final? ¿Una moneda lo bastante fuerte para comprar mi libertad? Hay que buscar en otra parte. Allá voy.

Berck-Plage, julio-agosto de 1996.

Notas

[1] LIS: *Locked-in syndrom.* (N. de la t.)

<<

[2] Alusión al pronombre de primera persona *Je*, yo, que en francés precede indefectiblemente al verbo. (*N. de la t.*)

<<

[3] Juego de palabras entre *lunettes*, gafas, y *lune*, luna. (N. de la t.) <<

[4] Se refiere a la publicación *Elle*. (N. de la t.) <<

[5] Juego consistente en adivinar palabras sustituyendo determinado número de rayitas por las letras que las componen, y en el que cada error se penaliza con un trazo hasta completar un monigote ahorcado, momento en que ese jugador pierde. (*N. de la t.*) <<

[6] Dialecto hablado en el norte de Francia. (*N. de la t.*) <<